

MUÑOZ MALDONADO, JOSÉ (1807 - 1875)

ANTONIO PÉREZ Y FELIPE II

PERSONAJES:

FELIPE II, Rey de España.
DON ANTONIO PÉREZ, su Secretario.
DON JUAN DE ESCOBEDO, Secretario de Don Juan de Austria.
DOÑA ANA DE MENDOZA, Princesa de Éboli.
DOÑA LAURA, mujer de Don Juan de Escobedo.
DON RODRIGO VÁZQUEZ DE ARCE, Juez.
El PRIOR del Monasterio de Gerónimos del Escorial.
DON ALFONSO VARGAS, General.
FORTÚN, Alcaide de la torre de Lujan, deudo de Escobedo.
El CARDENAL de Toledo.
ÁLVAREZ, Carcelero de la torre de Luján.
PEDRO LAHERA, Amigo y confidente de Pérez.
LUIS DE GUZMÁN, Cortesano de Felipe II.
ALVAR FÁÑEZ, Cortesano de Felipe II.
RUIZ GÓMEZ, Cortesano de Felipe II.
UN TRABAJADOR.
UN LEGADO del Papa.
PUEBLO, SOLDADOS y CABALLEROS.

La escena es en Madrid año de 1591, en Aragón en 1592, y en Roma en 1598.

.....
*Si al Rey Felipe Segundo
el clero llama el prudente,
con sangre conteste el mundo
que fue un verdugo... ¡y que miente!*
(Acto V, escena última.)

ACTO I

31 de Marzo. Año 1591.- Madrid.

Palacio.- En la antecámara del REY.- DON ANTONIO, su secretario, rodeado de varios CORTESANOS que aguardan la salida de S. M.

Escena I

DON ANTONIO. GUZMÁN. CORTESANOS.

ALVAR

¿Descansó vueseñoría
de la fatiga de ayer?

DON ANTONIO

Más que cansancio es placer,
pues del Escorial venía.

GUZMÁN

¿Va adelantando la obra?

DON ANTONIO

Progresa admirablemente,
pues el Rey es impaciente,
y está el tiempo que le sobra
a su política activa
en gobernar el estado,
en una silla sentado
labrada en la peña viva
del alto cerro vecino,
de do su vista recorre
desde el cimienta a la torre
de templo tan peregrino.
De dos mundos soberano,
desde allí dicta sus leyes,
que acatan pueblos y reyes
y el Pontífice romano;
y en tanto poder y brillo
es su sola distracción
de los sillares el son
con el ruido del martillo,
y de obreros el tropel
que aquel terreno circuyen,
y que parece construyen
una segunda Babel.

GUZMÁN

¡Del arte gran novedad!

DON ANTONIO

Es la octava maravilla
que en los campos de Castilla
alza al cielo su piedad.

ALVAR

De los egipcios a ejemplo
el Rey quiere levantar
en una tumba un altar,
en un cementerio un templo.

GUZMÁN

Sí, mas me causa temor
que el Rey don Felipe muera
antes que termine Herrera
obra de tanto valor.

DON ANTONIO

El Rey, mil gracias a Dios,
goza salud muy cabal,
y acabará el Escorial
dentro de un año o de dos.
No es de temer la aflicción
de que de él nos prive el cielo.

ALVAR

¡Cuánta es su piedad y celo
por la santa religión!

RUIZ

Del clero es el protector,
y la iglesia nuestra madre,
de España el amparo y padre.

GUZMÁN

Es su escudo y defensor;
siempre yo le lloraría.

DON ANTONIO

¡Canalla de aduladores! (Aparte.)
Nadie como yo, señores,
manifestaros podría
que apenas sale la aurora,
posternado ante un altar,
luces para gobernar
al eterno Dios implora,
y a los protectores santos

de esta inmensa monarquía,
do nunca la luz del día
se eclipsa en dominios tantos;
de su ejército el acero
en purgar activo emplea
la herejía con que afea
la Flandes Martín Lutero,
y se gasta cuanto encierra
el rico español tesoro,
dando a las iglesias oro,
a los protestantes guerra.
Nosotros fuimos testigos
de su hijo en la persona,
de que nunca el Rey perdona
de Dios a los enemigos;
pues cuando a los protestantes
quiso unir su suerte Carlos,
e ir a Flandes a buscarlos,
vivió muy pocos instantes;
que el Rey se armó de valor,
y sereno consumó
lo que Abraham solo intentó
obedeciendo al Señor.

ALVAR

¡Con qué heroica fortaleza
al príncipe, vio espirar,
y cómo supo acallar
la voz de naturaleza!
No así su madrastra hermosa,
la infortunada Isabel,
que enamorada de él
debió haber sido su esposa,
y pronto en cruel ansiedad
hundió en la tumba su frente,
pura víctima inocente
del dolor y la...

DON ANTONIO

¡Callad!
El Rey creería perdido
sacrificio tan penoso
hecho cual padre y esposo
si no lo diera al olvido.
Que si pública alabanza
en obrar bien busca el hombre,

obra bien solo en el nombre,
y ningún mérito alcanza.
Además el cielo justo
premió su dolor prolijo,
concediéndole otro hijo
de enlace más a su gusto.
Otro hijo, que heredero
de sus virtudes y nombre,
haga el cielo al orbe asombre,
siendo Felipe Tercero;
y que se convenza el mundo
al contemplar su reinado,
que en él Dios ha dilatado
el de Felipe Segundo.

GUZMÁN

¿Encontró vueseñoría
ya la oportuna ocasión
de hablar de la petición
que a su majestad hacía?
Mis méritos ella encierra,
contraídos en Lepanto,
en Flandes, Milán, Otranto,
y otras funciones de guerra.
Pero mi escasa fortuna
me ha tratado con rigor,
pues no atendió mi valor
el virrey duque de Osuna.

DON ANTONIO

Cumplí como deseaba,
y os ofreció mi amistad,
pues os da su majestad
encomienda en Calatrava.
Ni esto, es solo, don Guzmán
que al saber vuestro valor,
quiso el Rey nuestro señor
el nombraros capitán.

GUZMÁN

Juro a fe de caballero
y apellido de Guzmán,
que aquí grabados están
gratitud y amor sincero,
y que nunca olvidaré
favores tan señalados,

y con mi hacienda y soldados,
Pérez siempre os serviré.

DON ANTONIO

A mí nada me debéis
atrasado en la milicia,
del Rey ha sido justicia
el daros lo que hoy tenéis.

GUZMÁN

Sí, pero el Rey hasta ahora...

DON ANTONIO

No hablemos, Guzmán, más de eso.

GUZMÁN

Si de la desgracia el peso
a vuestra alma bienhechora
llegará a agobiar un día,
lo que no permita el cielo...

DON ANTONIO

Entonces, el desconsuelo
yo solo le pasaría.

GUZMÁN

Entonces vierais probar...

ALVAR

Nunca llegará ese caso;
y si sucediese, acaso,
¿quién le podría negar
un apoyo generoso
al hombre que en el poder
ni se supo envanecer,
ni fue menos orgulloso?

DON ANTONIO

Todos... que cuando el favor
pierde del Rey un valido,
es como un árbol herido
por el rayo abrasador,
que los pájaros que a miles
anidó en su copa espesa
huyen de él, y queda presa
de los míseros reptiles.

¡Cuánto el rayo no abrasó
corroe su aleve diente,
que de la corte la gente
cobra así lo que aduló!

Escena II

En este momento se abre la mampara de la cámara del REY, y un PAJE joven dice:

PAJE

El rey me manda anunciaros
que hoy no puede recibir:
así podéis retiraros.
Hoy a Flandes va a escribir,

(El PAJE aparte a DON ANTONIO.)

y que a Escobedo avisase
me dijo.

DON ANTONIO

¿Y nada de mí?

PAJE

No. (Vase.)

DON ANTONIO

Algún misterio hay aquí.
si a su privanza llegase...

(Saludan los CORTESANOS a DON ANTONIO, y se van, quedando éste solo.)

Me causa mucho temor
que a un negocio reservado
haya a Escobedo reservado
don Juan de Austria su señor.
A Escobedo, mi rival
político consumado,
que aunque no se ha declarado,
es mi enemigo mortal:
se me aborrece de muerte;
mejor me compadeciera
si él al hombre conociera
con quien me ha unido la suerte.

¿Qué sirve que deposite
en mí el Rey su confianza,
si he de temer su venganza
cuando no me necesite?
¡Qué miro! ¡de su aposento
abierta la puerta está!
A este salón viene ya
Felipe: ¡qué violento!

(DON ANTONIO se retira respetuosamente mirando a la puerta de la cámara del REY,
que sale distraído con un papel. DON ANTONIO permanece en el fondo del salón hasta
que el REY le llama.)

Escena III

El REY.

REY

Don Juan mi hermano conspira
a llenar mi alma de espanto,
que la gloria de Lepanto
ambición ciega le inspira.
Él humilló al Agareno,
su gloria Europa pregona,
y trocar quiere en corona
laureles de que está lleno.
Yo haré que frustrado sea
tan temerario deseo,
el que aquí encubierto leo,
y en que su alma se recrea.
Importuno e imprudente,
para terminar la guerra
que la Flandes en sí encierra
pide sus fuerzas aumente.
¿Por qué la altivez no humilla
de los hijos de Lutero?
¿No es bastante allí el acero
de los tercios de Castilla?
¿O acaso intenta insolente,
teniendo fuerza mayor,
que yo tiemble de terror
y humille mi regia frente?
Sé la ambición mantenía
Escobedo de mi hermano,

y de Flandes soberano
alzarle al trono quería.
La Reina de Escocia adora,
y ésta a su amor corresponde,
y en este enlace se esconde
rebelde trama traidora.
Si consigue esta alianza,
y a extinguir el cruel fuego
del protestantismo ciego
en la Flandes él alcanza,
orgullosa su insolencia
se sentaría en el trono,
y lanzaría en su encono
un grito de independencia.
Un grito que dilatado
hasta el confín de Castilla,
que aunque a mi poder se humilla,
podría ser contestado.
¡Cuál entonces la agonía
de su Rey y de su hermano
ese bastardo inhumano
con risa contemplaría!
Si se estremece la España
al ver mi rostro sombrío
yo también en torno mío
del pueblo miro la saña:
del infelice que oprime
el insolente poder,
envidia vengo a tener,
porque acompañado gime.
Y los hijos que le adoran,
y le concediera el cielo,
su dolor y desconsuelo
alivian, si juntos lloran.
Yo tan solo sobre el trono
busco amor, y no lo encuentro:
de mi familia en el centro
gimo en mísero abandono.
Un hijo el cielo me dio,
en él mi dicha cifraba;
mi corona codiciaba,
y al protestante se unió...
¡Maldita unión...! ¡liga impía!
Mi ultraje le perdoné.
Si a muerte le condené,
fue que a Dios vengar debía.

Amaba a Isabel mi esposa,
heredera de cien reyes,
y obedecía cual leyes
la voluntad de esta hermosa:
mas la pérfida me odiaba,
ardiendo en impuro fuego
por Carlos mi hijo, que ciego
su adúltero amor pagaba.
Dios quiso a la tumba fría
encomendase mi honor,
y que apagase el ardor
del volcán que en su alma hervía.
Mi hermano es de mi corona
el rayo por quien se humilla
la Europa toda a Castilla,
¡mas el traidor me abandona...!
¡Y veré, con faz serena
dividir la monarquía,
que objeto siempre sería
de eterna ambición ajena...!
Do quiera que el mar sus olas
intentase hoy revolver,
siempre se ha de contener
en las costas españolas.
Quebrantado de dolor
tal vez nuevo sacrificio
no resista, si propicio
no me da fuerza el Señor.
Nunca en tal trance me vea;
mas de la España la suerte
quizá exigirá su muerte...
¡Lo que Dios quisiere sea!

(Permanece un momento pensativo, y luego se
vuelve con prontitud hacia la puerta principal, y
ve a DON ANTONIO.)

Escena IV

DON ANTONIO. EL REY.

REY

¡Antonio Pérez!

DON ANTONIO

¡Señor!

REY

¿Sabes que llegó hace dos días de Flandes Escobedo con carta de mi hermano don Juan de Austria?

DON ANTONIO

Señor, lo supe apenas llegamos del Escorial anoche.

REY

¿Y no has calculado el contenido de tan intempestiva misión?

DON ANTONIO

Señor, sabéis que jamás intento profundizar los misterios de la política que V. M. quiere reservar a su solo conocimiento.

REY

Y haces bien... Las cartas de mi hermano... contienen lo de siempre... pero de un modo más terminante, más exigente... Casi amenaza con la pérdida total de los Países Bajos si no se refuerza pronto y poderosamente su ejército... Yo me guardaré bien de hacerlo... Sabes que he previsto hace tiempo sus proyectos ambiciosos. Por de pronto, Pérez, con cualquier pretexto honroso harás salir de Flandes los tercios castellanos. Los flamencos adquirirán algunas ventajas, harto lo siento; pero es menos malo dilatar la sumisión de los rebeldes, y prolongar los desastres de la guerra, que exponer el reino al ímpetu de ese bastardo ambicioso. ¡Era mi mejor vasallo...! pero los pérfidos consejos de Escobedo le arrastran a mi pesar a su ruina. ¡Ah, Pérez, cuán desgraciado soy!

DON ANTONIO

Señor no en vano el mundo da a V.M. el renombre de prudente. Su política admirable ha desconcertado hasta ahora las tramas de sus más poderosos enemigos. Su influencia en los gabinetes de Europa es inmensa, decisiva, y V.M. puede contar con el amor del pueblo, que le mira como el escogido de Dios, y el más celoso defensor de su causa.

REY

Antonio, no gusto de lisonjas... sólo hay en el mundo un hombre que me conozca a fondo... y ese hombre eres tú. El Rey Felipe, tan austero para todos, cuyas virtudes tanto preconiza el clero; no es ante tus ojos más que un hombre lleno de debilidad y de miserias... Hasta eres el confidente de las pasiones que afligen mi combatida alma... tú sabes los crímenes ocultos que han abortado... y el número de las víctimas que han terminado en silencio sus días... Por ti he logrado el amor de la única belleza que ha hecho palpar mi corazón de hielo... por ti soy adorado de la hermosa Ana... y este amor que forma mi delicia... mi encanto... ¿lo creerás? se ve turbado de continuo por el recuerdo del crimen... La ausencia del príncipe de Éboli no basta a tranquilizarme, y cuando en los brazos de su mujer debo ser el más feliz de los mortales... leo sobre su

frente pálida y hermosa la palabra adulterio, veo detrás de ella el ángel que castiga los profanadores del tálamo nupcial... ¡y me amenaza con el fuego eterno...! ¡Y bien; yo la adoro aún, Antonio! ¡Es el único corazón que hasta ahora ha correspondido al mío...! ella ama a Felipe, a Felipe solo, no al soberano de dos mundos. ¿Y este amor lo condena la religión...? ¿y es un crimen...? ¡pero un crimen necesario para mí...! Levantaré en expiación magníficos monasterios, donde cien austeros monjes penitentes, hundida la frente en el polvo, invoquen día y noche la misericordia del Señor y el perdón de mi culpa... y lo conseguiré... sí... lo conseguiré... que Dios por la oración del justo suspende su brazo levantado sobre el mísero pecador...

DON ANTONIO

V.M. se abandona tanto a su religioso fervor, que cree imperdonable una falta harto común en el mundo... ¡Ni es tan gran crimen corresponder a un corazón que nos ama!

REY

¡Sí me ama...! Antonio, si la oyeras repetírmelo todos los días, si vieras sus transportes, si pudieras conocer cómo la dulzura de su voz penetra en mi corazón, y deshacen sus mágicos acentos las tempestades que continuamente lo combaten... A ella sólo son deudores mis pueblos de los únicos rasgos de clemencia que salen de mi trono... ella sola ha desarmado cien veces mi brazo, dispuesto a caer sobre mis enemigos.

DON ANTONIO

(Aparte.) Cree ser amado: ¡cuánto se engaña!

REY

Si pudiera libremente disponer de mi mano... sentaría a la hermosa Ana en mi trono, adornaría su frente con la diadema de dos mundos, y la Europa, postrada a sus pies, la adoraría como a su señora.

DON ANTONIO

Feliz, señor, la hermosa que ocupando entero vuestro corazón logra apartar de él un momento los amargos sinsabores que rodean el cetro... Al hablar de ella habéis casi olvidado los recelos que os causa don Juan de Austria, y la insidiosa embajada de su secretario Escobedo...

REY

Es verdad... he olvidado un momento que era Rey por escuchar las debilidades de mi corazón, que me recuerdan que soy hombre. ¡Escobedo...! pienso hablarle yo mismo... Quiero penetrar con mi vista hasta el fondo de su alma, y leer en ella lo que debo esperar o temer. Es hombre de estado. Dicen que político profundo, es maestro en el arte del engaño y disimulo. Me alegro. Es tan fácil leer en el alma de los cortesanos que me rodean... que creo me causará placer el habérmelas con un hombre de mi temple. Antonio Pérez, Escobedo debe de aguardarme; dile que entre.

DON ANTONIO

V. M. en política y en prudencia le excede en mucho. Escobedo es hombre de talento, pero un intrigante que trata de fundar su elevación en la confianza que ha merecido a un hombre grande de cualidades indisputables, y cuyo nombre han hecho glorioso repetidas victorias... Preciso es, señor, que no olvidéis esto, y que siendo mi mayor enemigo, no será extraño emplee astutamente en mi daño, la ocasión que le ofrece V. M. en esta conferencia.

REY

Antonio... ¡más que el secretario del Rey, eres el amigo de Felipe...! ¡y Felipe II necesita de Antonio Pérez!

(Sale DON ANTONIO, a quien el REY saluda con la mayor bondad.)

Escena V

El REY permanece un rato ocupado en la lectura de los papeles. DON JUAN.

DON JUAN

Señor... (Besando la mano.)

REY

Alza... no he podido recibirte antes: ocupado en mi obra del Escorial, paso allí muchos días, y como viejo me complazco en labrar mi sepulcro, palacio que he de habitar eternamente... ¿Y mi hermano Don Juan...?

DON JUAN

Siempre ocupado en la guerra: le desespera no haber podido ya someter los rebeldes protestantes por falta de recursos, y ofrecerlos rendidos a los pies de V. M. como cuando sujetó los moriscos de Granada.

REY

Debe de estar muy galán. ¡Es tan joven! Hasta tiene la fortuna de parecerse a mi padre el Emperador.

DON JUAN

Eso sí... no hay mancebo más bizarro en el ejército. Las damas todas de Bruselas admiran su aire grave y continente, noble, cuando sobre un fogoso alazán andaluz armado de su lanza se pone al frente de los lucidos tercios castellanos, italianos y flamencos...

REY

La Reina María de Escocia debe de envanecerse de haber cautivado el corazón del guerrero más gallardo de la cristiandad; creo que está decidida a otorgarle su hermosa mano.

DON JUAN

El príncipe don Juan la ama, señor; mas sin permiso de V. M. jamás contraerá este enlace, de que le hace digno su alto nacimiento, y que tanto podría convenir a vuestra política.

REY

Sí. Don Juan es mi hermano, es el vasallo que ha dado más esplendor a mi trono...

DON JUAN

¡Es el hijo de Carlos V!

REY

Y por eso tal vez no le sentaría mal una corona, ¿no es verdad?

DON JUAN

Don Juan, criado desde pequeño en la soledad por orden del Emperador vuestro padre, y más bien educado para el servicio de la iglesia que para del estado... desconoce la ambición: la sangre imperial que circula por sus venas le ha hecho emprender hazañas que honrarán los siglos venideros, y que hubieran bastado a revelar su alto origen si su mismo padre no lo hubiera públicamente reconocido. Adquirir la inmortalidad como vástago digno del Emperador es la sola, la única corona que apetece don Juan.

REY

La Flandes bien podría ser regida por el esposo de la Reina de Escocia, pero es preciso antes someter el país; esos malditos protestantes lo tienen conmovido. No quisiera que mi hermano debiera a una mujer el título de Rey.

DON JUAN

Flandes quedará sometida por la intrepidez de don Juan... no lo dude V. M., y para hacerlo no necesita, señor, la halagüeña perspectiva de una corona, bástale el celo que le anima por vuestra gloria, el que ha desplegado en tantas batallas donde humilló siempre a vuestros enemigos; pero don Juan ha menester más fuerzas... Flandes está levantada en masa contra nosotros. El tribunal de la inquisición con las víctimas que inmola, lejos de disminuir el número de nuestros contrarios, los aumenta prodigiosamente... Sin un pronto refuerzo en el ejército, la rebelión adquirirá más fuerza, desmayarán nuestros soldados, y la alta reputación de vuestro hermano quedará oscurecida, y marchitos sus antiguos y gloriosos laureles.

REY

El bueno de Antonio Pérez no cree que haya necesidad de esos refuerzos... No hace una hora que me propuso, y accedí a ello, la retirada de Flandes de los tercios castellanos, y su pase a Italia, donde juzga su presencia más oportuna para contener a los Ferrareses, que dan muestras de querer insurreccionarse según dice...

DON JUAN

Señor, sólo la perfidia de Antonio Pérez puede haberos propuesto tan funesta medida; ella sola es capaz de comprometer altamente la seguridad del reino.

REY

Mira bien lo que dices, Escobedo, que siempre he tenido a Pérez, por leal: educado en palacio por su padre Gonzalo Pérez, que también fue mi secretario, he podido conocerlo a fondo desde la niñez. Agregado desde un principio a mi servidumbre, se hizo notar por su talento y adelantos en la política; y a la muerte del padre, no juzgué, poder reparar su pérdida sino con su propio hijo... Hace veinte y seis años que me sirve...

DON JUAN

Hace veinte y seis años que os vende. Dotado de un exterior agradable, y algún tanto conocedor del corazón humano, ha sabido inspirar a V. M. una confianza de que su alma es enteramente indigna. Unido en amor criminal con la hermosa Ana de Mendoza la princesa de Éboli, ambos de concierto trabajan en su mutuo provecho, y combinan su perfidia para apoderarse, del poder... Antonio Pérez es el hombre de vuestra confianza... la princesa de Éboli, es más la amiga que la primera de las damas de la Reina.

REY

¡Antonio amar a la princesa de Éboli...! ¡a una mujer casada...!. ¡qué, maldad!

DON JUAN

Por eso procura tener a siempre ausente de España con mandos importantes a su marido el príncipe.

REY

¡El bueno, el honrado Ruiz Gómez! ¡uno de los mejores ricoshombres de Castilla!

DON JUAN

Aseguran que de concierto con esa mujer peligrosa pone asechanzas a la austera virtud de V. M., procurando adormecer su corazón con los encantos de su fatal hermosura, a fin de ocultar sus relaciones con el partido descontento de Aragón, en el que fomenta el amor a las instituciones libres de aquel país con el objeto de proporcionarse un apoyo para continuar impunemente los abusos que comete en el gobierno de tan extensos dominios, y afianzar para lo sucesivo la dilapidación de los caudales... mientras hipócrita con falso semblante de virtud os habla de continuo de honradez y buenas costumbres, devora en secreto con la princesa el fruto de sus rapiñas.

REY

¿Eso más, Escobedo...? ¡La calumnia no respeta aun a mi sagrada persona...! ¡No basta a los enemigos de Pérez suponerle un crimen tan horrendo...! ¡Llevan más adelante su osadía...! (Aparte.) ¡Ay de él si fuesen ciertos mis recelos...!

DON JUAN

Podrán ser calumniosas, señor, las intenciones que le suponen con respecto a lograr seducir el corazón de V. M., a quien defiende la piedad más sólida y la virtud... pero no

por eso serán menos ciertas sus relaciones criminales con los aragoneses, y sus dilapidaciones escandalosas... Tal vez el partido protestante ha debido ganarlo, cuando ha tenido, según decís, la impudencia de proponeros la retirada de Flandes de los tercios castellanos en el momento en que más necesaria es su presencia, y cuando imperiosamente exige un pronto y poderoso refuerzo a aquel ejército.

REY

Disimulemos. (Aparte.) Escobedo, revocaré la orden que en un momento de sorpresa ha podido arrancarme Pérez. Los tercios castellanos permanecerán en Flandes, y nuevas tropas marcharán con la mayor velocidad a reforzar el ejército de don Juan... La sumisión completa de los Países Bajos marcará la época en que con el beneplácito de su Rey y hermano podrá aspirar al enlace de la hermosa María, y... no será sólo la corona del amor la que adorne entonces su victoriosa frente, que yo haré que al dar la mano don Juan de Austria a la Reina de Escocia, no tenga que humillarse, sino que la presente cual su igual, y con orgullo.

DON JUAN

Yo, señor, en su nombre os manifiesto cuál será su ardiente gratitud... Más le obligarán los refuerzos concedidos, que el bondadoso galardón que le prepara V. M. En breve, lo aseguro, la herejía desaparecerá de Flandes, y todos sus habitantes acatarán sumisos las leyes de Felipe II.

REY

Ven conmigo. (Levantándose.) Voy a contestar a mi hermano, y a escribir por mí mismo al virrey de Portugal para que haga salir con parte de la escuadra las fuerzas de que crea poder disponer sin comprometer la tranquilidad de aquel recién conquistado reino... Tú mismo serás el portador de las órdenes al Virrey, y de la carta a don Juan... Quiero que Antonio Pérez ignore todas mis disposiciones en este asunto.

DON JUAN

En vuestra prudencia es harto frecuente ese modo de obrar... muchas veces los virreyes, gobernadores y generales reciben por un mismo mensajero, escritas del propio puño de V. M. órdenes contrarias a las que en vuestro augusto nombre envía el secretario de estado.

REY

He creído que el Rey debe saber siempre algo más que sus ministros... que vio debe abandonarles todos los secretos... y que debe de gobernar algo por sí mismo... ¿Cuándo marcharás de Madrid?

DON JUAN

Pienso salir mañana para Lisboa a entregar los pliegos al virrey, y embarcarme desde allí para Holanda...

REY

¡Tan pronto...! ¡aún no hace dos días que has venido...! apenas has podido abrazar a tu esposa, y a tus hijos después de tantos años de ausencia.

DON JUAN

Urgen mucho los refuerzos al ejército de Flandes... además mi familia partirá conmigo...

REY (Aparte.)

¡Traidor! mis sospechas se confirman... quiere alejar de mí su mujer y sus hijos, únicos rehenes que pudieran responderme de su fidelidad.- Me parece muy bien... ¡la unión en los esposos me encanta...!

DON JUAN

Si V. M. me dispensase la honra de que antes de marchar os presente mi mujer, y lleve el consuelo de besar vuestra augusta mano...

REY

Sí... a las diez de esta noche. Tal vez podrán haberme ocurrido nuevas instrucciones que darte para don Juan... Vamos. (Entran en la cámara del REY.)

Escena VI

DON ANTONIO viene por la puerta del fondo acompañando a la princesa de Éboli
DOÑA ANA.

DON ANTONIO

Joven hermosa y gentil,
encantadora doña Ana,
no tanto en una mañana
del florido mes de abril
brillan los rayos del sol
cual vuestro rostro divino,
y ese talle peregrino,
gala del suelo español.
Y si el adoraros es
en cuantos os miran ley,
¿qué mucho que gima el Rey
de amor muerto a vuestros pies?

DOÑA ANA

Siempre, Pérez, lisonjero
y enamorado venís.
¡Si tal como lo decís
fuese vuestro amor sincero!

DON ANTONIO

Desde el momento fatal
en que el monarca os miró,
vuestra hermosura flechó
su pecho de pedernal.
De Felipe confidente,
se obstinaba su porfía
en que por la boca mía
supieseis su amor ardiente.
Nuncio de pasión ajena
me castigó el niño ciego,
abrasando con su fuego
mi pecho por justa pena.
Cuando del Rey os decía
el apasionado ardor,
en otro incendio mayor
se abrasaba el alma mía.
Cuando para él imploraba
de ese hermoso labio el sí,
era también para mí
para quien lo demandaba.
Y al veros de noche y día
hablándoos siempre de amor,
vine a sufrir el rigor
de su dulce tiranía.
Correspondido de vos,
acibara mi placer
que sea vuestro querer
dividido entre los dos.
Inhumano amor conmigo
no me deja desistir,
y me obliga a competir
con un Rey por enemigo.

(En este momento aparece en el dintel de la puerta de la cámara del REY: éste y DON JUAN permanecen inmóviles oyendo.)

DOÑA ANA

Más precio yo, Antonio mío,
vuestra gallarda persona
que a Felipe y su corona
y su inmenso poderío:
dos mundos término estrecho
son a su ciega ambición
sólo vuestro corazón
deja el mío satisfecho.

DON ANTONIO

¡Qué he escuchado! ¡dicha tanta!
Permitidme, oh Ana bella,
que el suelo bese do huella
vuestra encantadora planta.

(DON ANTONIO besa inclinado la mano de la princesa. DON JUAN entonces señala con la mano para mostrar al REY esta acción, y ambos en silencio salen de la cámara, y se dirigen fuera del salón por la puerta principal. DON ANTONIO y DOÑA ANA, que se hallan en lo más adelantado de la escena, no los ven, y continúan.)

DOÑA ANA

Nacida en excelsa cuna,
a un noble y débil anciano

hizo entregase mi mano
mi desgraciada fortuna.
El infeliz, siempre ausente
de su criminal esposa,
no conoce la afrentosa
mancha que sella su frente.
De su honor y de su fama
he empanado el esplendor,
que a vos, Pérez, tengo amor,
y soy de Felipe dama.
No del poder la esperanza
formó con el Rey mis lazos,
Solo me arrojó en sus brazos
el temor de su venganza.
Que cuando mi cuello oprimen
sus brazos debilitados,
y sus labios apagados
el beso de amor imprimen;
cuando amor en él parece
un delirio, un frenesí,
de terror mi pecho, sí,
no de placer, se estremece.
Que aún la huella sanguinosa
en su mano está estampada
del veneno y de la espada
que asesinó hijo y esposa.
Y a este pánico terror
que mi débil alma vence,
para que yo me avergüence
se une otra infamia mayor.
La Reina es mi dulce amiga,

que acogiéndome en su seno,
áspid de ponzoña lleno
la infeliz incauta abriga.
Y su amistad verdadera,
que nada de mí recata,
halla una rival ingrata
en su misma camarera.

DON ANTONIO

No deis al remordimiento
en vuestro pecho cabida,
pues trocara vuestra vida
en tan continuo tormento.
A vuestra alma generosa
le es repugnante el engaño,
mas no causa ningún daño
cuando el silencio reposa.
Y aquel que en palacio habita,
y sostenerse en él trata,
obra bien, si el mal recata,
y si no se precipita.

DOÑA ANA

Mi pecho saben los cielos
cuál agitan vuestro amor,
del Rey Felipe el terror,
y de la Reina los celos.

DON ANTONIO

Vive Dios que no hay razón
si atenta bien lo miráis,
pues que de los tres lográis
reinar en el corazón.

DOÑA ANA

Pérez, oyéndoos estoy,
y a la Reina falto ya;
aguardándome estará,
hacia su cámara voy.

DON ANTONIO

¡Como tan su amiga os veis
nunca hallo tiempo de hablaros!

DOÑA ANA

Pérez, podréis enojaros,

y mi amor sólo tenéis.

DON ANTONIO

¡Que os ame el Rey mi tormento
es, y yo muero de amor...

¿Me concedéis el favor
de que hasta el mismo aposento
de la Reina os sirva yo?

DOÑA ANA

Así lográis obligarme...

DON ANTONIO

¡Que no pudiera olvidarme
de que el Rey tanto la amó...!!

(Vase, dándola el brazo, por la puerta de enfrente
de la que se supone ser la cámara del REY.)

Escena VII

El REY viene por la puerta del fondo por donde antes salió, en ademán reflexivo y meditabundo.

REY

Si otro suplicio mayor
pudiese yo imaginar
con que a Pérez castigar,
lo adoptara mi rigor.

Ni el veneno, ni el puñal
han de terminar su vida...

mi confianza vendida
pide un verdugo, un dogal...

¡Jamás mi desgracia cesa...!
yo mismo verlo he podido...

a un Pérez me ha preferido
de Éboli la princesa.

La ilusión engañadora
que mi alma sostenía,
destrozó con su falsía
esa pérfida traidora...

Amante y Rey ofendido,
yo haré que mi furia ardiente
castigue cual delincuente
a ese vil que ha preferido.

Avisos he hecho llegar (Con intención.)
de Escobedo a la mujer,
que juzgo que han de poder
a mi venganza ayudar...
¡El vil Pérez y Escobedo
morirán, viven los cielos!
el uno me causa celos...
el otro me inspira miedo.
Ambos a dos criminales
perderse a un tiempo quisieron,
y sus tramas descubrieron
siendo pérfidos rivales.
Al mundo los lanzó Dios
para que su mutuo encono
perdiere a un tiempo a los dos...
(Mirando al cielo.)
¡Yo haré cumplir sobre el trono
lo que decretasteis vos...! (Siéntase.)

Escena VIII

DON ANTONIO, que entra por la puerta por donde salió acompañando a DOÑA ANA.

REY
De ti estaba descontento
que largo rato aguardé.

DON ANTONIO
A doña Ana acompañé
de la reina al aposento.

REY
¡Debía de estar muy bella!
¡Es majestuoso su porte!

DON ANTONIO
No tenéis en vuestra corte
otra más fúlgida estrella.

REY
¡Cuál me envanece su amor!
¡si a un rival me prefiriera...!

DON ANTONIO

¡Y quien osado pudiera
ser vuestro rival, señor!

REY

Sólo un loco a quien el peso
no asustase de mi saña,
que al fin soy el Rey de España...
Mas, Pérez, no hablemos de eso.
He escuchado de Escobedo
la solapada misión,
y a la urgente petición
de don Juan mi hermano cedo.

DON ANTONIO

Señor, vuestra majestad
arriesga el trono y la vida
si la traición concebida
ejecutasen. ¡Temblad!

REY

Todo, Pérez, calculado
lo tengo muy fríamente,
y si lo erré, fácilmente
por ti lo veré enmendado.
Órdenes para aumentar
di las tropas de don Juan
por mí mismo escritas van...
no lo he podido estorbar.
y es de ellas portador
el mismo Juan Escobedo;
Yo revocarlas no puedo,
que faltar fuera a mi honor.
Mañana debe partir;
si a Flandes llegase, es llano
que sus intentos mi hermano
fácil podrá conseguir.
Mi prudencia es tan poca
que no lo sepa estorbar:
¿y quién lo ha de terminar?
Eres tú, a ti te toca.

(El REY se pone a escribir unos cuantos
renglones en un papel.)

DON ANTONIO

De confianza estad lleno;
disponed lo que gustéis,
que aunque mi muerte mandéis,
a sufrirla me condeno.

REY

Lee, Pérez, este papel,
y que quede ejecutado,
y en silencio sepultado
lo que yo le mando en él.

DON ANTONIO

¡Hay más infelice suerte!
En él mandáis que a Escobedo,

mi corazón huela el miedo,
esta noche dé la muerte.

REY

¡Me causa grande aflicción,
mas es forzoso estorbar
que a Flandes pueda llegar,
y cumpla su comisión!

DON ANTONIO

¿No podría arrebatado
por una mano atrevida
encontrarse por su vida
en una torre encerrado?
Allí un elevado muro
al mundo le ocultaría,
y a vos, señor, dejaría
tranquilizado y seguro.

REY

La torre más eminente,
artillada y defendida,
a lo mejor da salida
al que guarda delincuente.
Mas la muerte sin piedad
si una vez tragó su presa,
fiel la conserva en la huesa
por toda una eternidad.

DON ANTONIO

Tal vez una alevosía

puede el mal acelerar,
haciendo a don Juan vengar
un amigo a quien quería.

REY

¡Seguro tengo a mi hermano...!
morirá de indigestión...
¡me cuesta una gran pensión
su cocinero italiano!

DON ANTONIO

¿Y de Escobedo la esposa,
de sus hijos la orfandad?

REY

Los acoge mi piedad,
que hacer bien ya es otra cosa.

DON ANTONIO

Pero...

REY

No más resistencia,
que ni el temor a don Juan
ni tus razones harán
que revoque mi sentencia.
Ahora me has de mostrar
que leal siempre me has sido,
y aunque seas perseguido
por mí mismo, esto callar.
¡Te lo ruego como amigo,
y lo mando como Rey!

DON ANTONIO

Obedeceros es ley.
Este secreto conmigo
por Dios juro morirá,
y habéis de quedar contento...
ni el verdugo en el tormento
arrancármelo podrá.

REY

Me fío de tu promesa
y en tu afecto verdadero.

DON ANTONIO

Señor, nací caballero,
y de sangre aragonesa.

(Se oye a lo lejos toque de campana.)

REY

Han tocado a la oración...
viernes de cuaresma es hoy;
a la capilla me voy,
que asistir quiero al sermón.
El padre Juan de Mariana
lo tiene de predicar;
es varón muy ejemplar,
y de caridad cristiana.

(El REY va marchándose.)

DON ANTONIO

¿En la muerte insistís vos?
¿su esposa a piedad no os mueve?

REY

¡Pérez, que antes de las nueve (Yéndose.)

haya dado cuenta a Dios!

Escena IX

DON ANTONIO.

DON ANTONIO

No hay remedio. El Rey está decidido... La expresión de su fisonomía anuncia el horrible proyecto que fríamente ha meditado su alma. ¡Oh! ¡lo conozco demasiado para poder equivocarme! Sus labios se agitaban al hablar, como si un pensamiento distinto a sus palabras permaneciese secreto en el fondo de su corazón, y se negasen a articular los sonidos que debieran dármelos a conocer. ¡Al marchar a la capilla a escuchar la palabra de Dios me ha intimado la orden de su asesinato de un modo espantoso...! Dilatar su cumplimiento sería perderme solo, y no salvar a ese desgraciado. ¡En vano procuré evitar este crimen que me liberta de un enemigo personal...! Felipe es inflexible en sus resoluciones: cuando mi corazón las combate, o baja la cabeza y elude la respuesta, prevalido de su autoridad, o alza los ojos al cielo, suspira, y cree ver en la ejecución de su voluntad el cumplimiento de la del Eterno. (Mirando al reloj que hay sobre la mesa.) ¡El reloj marca ya las ocho de la noche...! ¡una [27] hora más, y ya no existirá uno de los hombres más poderosos de la monarquía...! ¡y ya Antonio Pérez no tendrá rival...! Ese

constante y uniforme sonido que produce el movimiento de esta péndola que arregla las horas de nuestra vida... ¡me hace estremecer...! ¡Por él calculo yo los instantes que restan de vida al infeliz Escobedo...! ¡Y quién me asegura que mis enemigos no estén haciendo en este momento sobre mí igual funesto cálculo...! (Sale a la puerta del fondo, y dice a su PAJE:) Haced llamar a don Pedro Lahera.

Escena X

En este momento DON JUAN llega: da las manos DON ANTONIO, que le saluda con la mayor afección y cordialidad.

DON ANTONIO

Bien venido amigo Escobedo; apenas supe vuestra llegada hice a uno de mis pajes que fuese a ofreceros mis respetos. El despacho con el Rey...

DON JUAN

Me obliga vuestra atención; ¡siempre estáis tan ocupado...!

DON ANTONIO

El Rey no respira sino por la felicidad y la gloria de los españoles, y así es que sacrifica al interés de sus vasallos de tantos y tan extensos dominios su propia salud: de las veinte y cuatro horas del día apenas concede cuatro al sueño; ya veis...

DON JUAN

Es mucho su desvelo... y sólo con un hombre como vos podría S. M. estar tan al corriente del gobierno de la monarquía.

DON ANTONIO

Casi todo lo hace por sí mismo. Cuando se digna consultarme sobre alguno de los negocios de estado, creedlo, apenas hallo reparos que oponer a su opinión.

DON JUAN

Estoy seguro de ello... El Rey es muy prudente..., y vos, Pérez... muy político.

DON ANTONIO

No tanto como vos... a nuestros acertados consejos debe don Juan de Austria la gloria inmortal que hace respetar al mundo su nombre y sus insignes victorias... ¡Debe de echaros mucho de menos su amistad en vuestra ausencia!

DON JUAN

Será muy corta... pronto deberé de estar otra vez a su lado...

(En este instante entra por la puerta del fondo LAHERA.)

DON ANTONIO

Dispensad... Un negocio urgentísimo, y de interés sumo para el Rey, me obliga a pedir os me permitáis comunicar una orden a este caballero... Tal vez os pareceré poco atento... Es cosa de un instante.

(DON ANTONIO habla un momento aparte LAHERA, le enseña el papel que el REY le dio, y le hace un ademán de silencio. LAHERA echa como involuntariamente mano a la daga.)

DON JUAN

Tal vez será alguna fruslería... En palacio se da tanta importancia a todo... Quizás Antonio Pérez quiere ostentar de este modo hasta conmigo, mismo su poder... ¡miserable! Tal vez toca a su término. ¡Los celos que hice concebir al Rey esta mañana producirán... sí, producirán su efecto!

LAHERA (A DON ANTONIO.)

No conozco la persona de ese don Juan Escobedo; como siempre ha estado fuera con don Juan de Austria...

DON ANTONIO

Yo te lo haré conocer ahora mismo.

LAHERA

Dicen que es hombre de provecho... que tiene mucho valor...

DON ANTONIO

Eso te toca a ti... Si te falla la empresa, ya sabes tu recompensa... la muerte.

DON JUAN

¡Ah! ¡si antes de mi marcha pudiese presenciar su caída!

LAHERA

No temáis... me valdré de aquellos cinco desalmados que despacharon hace dos meses a aquel hidalgo portugués.

DON ANTONIO

Como gustares. (DON ANTONIO toma de la mano a LAHERA, se dirige a donde está DON JUAN, y se lo presenta.) Os presento, don Juan, este caballero: es muy mi amigo, y estaba deseoso de conoceros...

LAHERA

La fama de un hombre de vuestras cualidades inspira siempre el deseo de conocer y de admirar de cerca su persona.

..

DON JUAN

caballero, me ofendéis...

LAHERA

Podéis contar con la amistad de uno de vuestros admiradores.

DON JUAN

Agradezco vuestra generosa atención: ved si en algo os puedo servir... debo de volver muy pronto a Flandes... Ahora mismo cuando llegasteis estaba hablando a Pérez de mi partida.

DON ANTONIO

Nunca será tan pronta que no podamos aún vernos algunas veces... ¿y vuestra comisión...?

DON JUAN

Está terminada... Eran asuntos particulares de familia...

DON ANTONIO (Aparte.)

¡Pérfido!

DON JUAN

Salgo mañana mismo: únicamente venía a decir a S. M., que me ha dispensado el honor de querer que le presente mi esposa a las diez de esta noche, pues debe de partir también conmigo, que tal vez no podré yo hacerlo en persona, pues me ha llamado la Reina casi a la misma hora, y si me detuviese...

DON ANTONIO (Con intención.)

Descuidad... Vuestra esposa se presentará sola al Rey.

DON JUAN

Aún tengo tiempo de volver a mi casa para prevenirla.- ¡Pérez! Tal vez no pueda veros antes de mi marcha... sabéis cuanto soy vuestro amigo... Deseo vuestra prosperidad. (Abrazándose.)

DON ANTONIO

¡Cual yo la vuestra...! (DON ANTONIO aparte a LAHERA al tiempo de abrazar a DON JUAN.) ¿Lo conoces ya bien...?

LAHERA

¡No se me escapará...!

(Vase LAHERA acompañando a DON JUAN, y le hace grandes cumplidos al salir por la puerta.)

Escena XI

DON ANTONIO.

DON ANTONIO

Este Pedro Lahera a quien mi piedad ha arrancado del suplicio, y que en su agradecimiento me ha consagrado toda entera su existencia, es un hombre admirable para los detalles de ejecución... puedo disponer de él como de mí mismo.

Escena XII

EL REY.

EL REY entra por la puerta del fondo, acompañado de varios de los señores de la corte.

REY

Elocuente fue el sermón.
¡Bien lo supo pronunciar...!
Sobre el quinto no matar
fue el tema de su oración.

ALVAR

El padre, no es cortesano,
ni en elegir tiene tino.
Sermón para un asesino,
no para un Rey tan cristiano.

REY

Alvar Fáñez, no te asombres;
Jesucristo con sus leyes
iguales hizo a los Reyes
con el resto de los hombres;
y la religión cristiana,
sin respetar majestades,
al mundo anuncia verdades.

ALVAR

Bien habló el padre Mariana.

REY

¡A buen punto llega aquí
el cardenal de Toledo!

CARDENAL

¡Ay! Señor, hablar no puedo;

un crimen horrendo vi.
Apenas a mi posada
marché desde la capilla,
conducido en una silla
de manos toda cerrada,
mis gentes se detuvieron
del palacio en el umbral,
que una reyerta fatal
cerca de sí trabar vieron.
Tres hombres enmascarados
a uno solo acometían,
mas los cobardes huían
de su brazo escarmentados,
que el puñal del matador
nunca hiere cara a cara,
porque a rendirlo bastara
ver la de un hombre de honor.
Quise al pobre socorrer...
pero antes de llegar
su corazón traspasar
pudo otro aleve, y correr.
No le vimos más después,
aunque se le persiguió...
Un hombre solo cayó
bañado en sangre a mis pies...
Pídole su pecho abra,
y le doy la absolución...
Mas ya no era la ocasión:
no podía hablar palabra.

REY

Reprimirme apenas puedo.
¡El palacio han profanado...!
¿Y quién era el desdichado...?

CARDENAL

¿Era don Juan de Escobedo...?

REY

Llenáis mi alma de duelo,
que era un hombre muy cabal,
valiente, sabio y leal:
¡téngale Dios en el cielo!

ALVAR

En la cámara de enfrente

su esposa ahora se encontraba,
que allí besar esperaba
vuestra mano reverente.

REY

Cierto... la debía besar
de Escobedo en compañía.
Triunfó la cautela mía:
de todo la he hecho avisar. (Aparte.)

Escena XIII

Dichos. DOÑA LAURA.

DOÑA LAURA

Venganza, Rey justiciero,
contra un aleve homicida
que a mi esposo de la vida
privó con traidor acero.
Vuestro palacio real,
que al pueblo sirve de abrigo,
lo mancilló un enemigo
con la sangre y el puñal.
No una viuda desolada
implora hoy solo justicia,
que del crimen la malicia
profanó vuestra morada
y a vos la toca vengar,
que sois Rey y poderoso:
yo sólo puedo a mi esposo
en mi soledad llorar.
Mucho elogian vuestro tino,
vuestra prudencia y constancia
borrad pues de vuestra estancia
la mancha de un asesino.

REY

Está bien, Laura; no muevas
más el resentido labio,
que pintándome tu agravio
el mío también renuevas.
Jura Felipe Segundo
al asesino prender
aunque se llegue a esconder

en lo último del mundo.
Mi palabra está empeñada,
daros su cabeza quiero;
la del Príncipe heredero,
si él fuese, sería cortada.

DOÑA LAURA

Nunca el águila real
su presa a traición desgarrar,
ni aleve el león la garra
clava a indefenso animal:
tan solo la sierpe ingrata,
para combatir inepta,
débil por el suelo repta
y oculta en silencio mata.
Un Villano fementido
que ensalzó vuestro favor
fue el infame matador
de mi infelice marido;
y hasta la desgracia tengo
de mirar aquí a ese hombre.

REY

Su nombre, pronto, su nombre, (Con furor.)
y veréis que al punto os vengo.

DOÑA LAURA

Don Antonio Pérez es.
(Hincándose de rodillas.)
Señor, mostrad entereza,
porque yo sin su cabeza
no me alzo de vuestros pies.

DON ANTONIO

Delirando de dolor
sin duda está esa mujer:
yo nada tengo que ver
en este asunto, señor.

REY

Pérez, acusado estáis, (Con severidad.)
y os ha de juzgar la ley,
que así lo ha jurado el Rey...
Mirad si os justificáis...

DON ANTONIO

¡Me obligó con juramento! (Aparte.)
nada quiere el Rey que diga...
sin duda ésta es una intriga...
¡Que cubra el crimen sangriento...!

REY

Prended a ese criminal... (Llévanlo.)
Consolaos vos, señora.
(Alzándola del suelo.)
Apenas salga la aurora (A sus CORTESANOS.)
tornar quiero al Escorial.
(Entra en su cámara.)

ACTO II

Enero de 1592

Torre de Luján en la Plazuela del Salvador de Madrid. La estancia tiene tres puertas, una grande en el fondo, y dos pequeñas, una a un lado y otra a otro.

Escena I

ÁLVAREZ.

ÁLVAREZ

Cada vez me acostumbro menos a esta vida solitaria...! ¡todos los días una misma cosa...! correr y descorrer cerrojos... vivir en la noche de un subterráneo... preparar el potro, funesto para el tormento, o prevenir el tajo y la cuchilla del verdugo... Nunca toco ese instrumento fatal sin estremecerme... Creo que va a caer sobre mi cabeza, y veo siempre en mis manos manchas de sangre que no ha podido borrar aún el transcurso de veinte y cuatro años... Me acuerdo cual si fuese hoy mismo del día en que agobiado de miseria apenas tenía un pedazo de pan negro que dar a mi mujer y mis hijos, y un demonio, que tal debió de ser el hombre que me instigó al crimen, me entregó una bolsa llena de oro y un puñal... me señaló un infeliz y anciano sacerdote, a quien jamás había yo visto... y a quien nadie volvió desde entonces a ver... Mi crimen permanece oculto a los ojos del mundo, y hasta creo que a los de Dios mismo, pues desde entonces mi suerte ha sido más feliz... Yo solo no lo olvido, y no parece sino que ya que no me castiga la justicia de los hombres, lo hago yo mismo viniendo a encerrarme voluntariamente en esta, prisión. Mi oficio en ella es lucrativo, pero no deja de tener bastante trabajo... Por fin ya hace algún tiempo que me dejan algo descansar... solo hay un preso... pero de cuenta... él solo hace velar en su cuidado más gente que para guardar una fortaleza... ¡Oh! en eso tengo mi orgullo... Teniente de alcaide de la torre de Luján... es decir, lo más elevado en la línea de

un carcelero. Mi antecesor tuvo la gloria de tener bajo sus llaves a todo un Rey de Francia... Francisco I fue su prisionero muchos años. Antonio Pérez, el secretario del Rey, el hombre que más amaba, el que adulaban a porfía esos grandes señores de la corte, yace encerrado en esta torre abandonado de todos ellos... Uno solo es el que misteriosamente viene a verle un día de cada semana... Y deberá ser muy su amigo, pues pasa largo rato hablando con él... Jamás he podido oír ni una palabra, ni nunca me ha dejado ver su rostro... embozado hasta los ojos... es el solo hombre que fuera del juez de la causa ha penetrado hace dos años en esta prisión... Son tan rigurosas las órdenes del Rey... Yo mismo estoy condenado a no salir de la torre mientras dure su prisión. Hoy es el día en que acostumbra a venir... y ya no tardará el embozado en dejarse ver... En dos años ha sido mucha su puntualidad en haber venido todas las semanas en un mismo día y a una misma hora. ¡Él es sin duda...! No. ¡Es don Rodrigo Vázquez de Arce, presidente del consejo de hacienda y juez de la causa!

Escena II

DON RODRIGO.

DON RODRIGO

Haced venir al desgraciado Pérez

(Va el carcelero FORTÚN a avisarle. El teniente ÁLVAREZ se retira a una señal imperiosa que con la mano hace el juez DON RODRIGO.)

Siempre fue de mal agüero
este funesto recinto,
donde preso Carlos Quinto
tuvo a Francisco Primero.
Trémulo el pie y vacilante
resiste entrar en la torre,
que aquí el velo se descorre
de- la fortuna inconstante,
que es la cárcel tenebrosa
sepulcro vivo del hombre,
do se olvida hasta su nombre
por la ingratitud odiosa.
Me estremezco de pavor
cuando con Pérez hablando
el fin contemplo del mando,
del poder y del favor.

Escena III

FORTÚN sale acompañando a DON ANTONIO y se retira a un lado.

DON ANTONIO

Dios os guarde don Rodrigo.

DON RODRIGO

Me es sensible y enojoso
el turbar vuestro reposo,
que aunque juez soy vuestro amigo.
Mas es de mi obligación
el proseguir según ley,
y así lo ha mandado el Rey,
haciendo la información.

DON ANTONIO

Nada tengo que añadir
a lo que dije otra vez.

DON RODRIGO

Pensadlo con madurez,
porque lo podéis sentir.

DON ANTONIO

En lo dicho me mantengo,
y repetíroslo puedo;
en la muerte de Escobedo
ninguna culpa yo tengo.

DON RODRIGO

Pues las pruebas presentad
que del crimen os releven,
que yo fiel haré que lleguen
al punto a su majestad.

DON ANTONIO

¡Yo le haría temblar con una (Aparte.)
si rompiese el juramento!

DON RODRIGO

Pérez, mirad que el tormento...

DON ANTONIO

Vázquez, no tengo ninguna.

DON RODRIGO

Me causa mucho pesar,
mas vos me habéis obligado...
En el potro colocado
el tormento os hará hablar.

DON ANTONIO

Si hoy por vos mi causa corre,
mirad, Vázquez, cómo obráis,
que es muy fácil que vengáis
pronto a parar a esta torre.

DON RODRIGO

Tranquila está mi conciencia;
en nada ofenderos quiero.

DON ANTONIO

Aunque aquí estoy prisionero,
el Rey sabe mi inocencia.

DON RODRIGO

¿Os obstináis en callar?
Por vez última os lo digo
como juez y como amigo.

DON ANTONIO

Nada más tengo que hablar.

DON RODRIGO

Fortún, llevadle al tormento.

DON ANTONIO

Eso no lo manda el Rey.

DON RODRIGO

Sí, y lo previene la ley,
que es de probanza instrumento.

DON ANTONIO

Ley tiránica e impía,
que pruebas quiere encontrar
en lo que hace al hombre hablar
en el potro la agonía.
Cuando ya el dolor cruel
del hombre las fuerzas mengua,
por su balbuciente lengua,
habla el verdugo, no él.

DON RODRIGO

Cuando en el poder estabais
y en la privanza del Rey
esa tiránica ley
vos mismo cumplir mandabais;
que la gente cortesana,
creyendo eterno el poder,
dicta leyes sin temer
que ha de cumplirlas mañana.

DON ANTONIO

Pronto al poder volveré:
¡Vázquez, mirad lo que hacéis!

DON RODRIGO

Bien vos mismo lo sabéis,
la ley recto cumpliré.

DON ANTONIO

Pues entonces, don Rodrigo,
decidido estoy a hablar.
Mas os he de hacer temblar:
atended a lo que os digo.
El Rey... ¡Y lo que ofrecí...! (Aparte.)

DON RODRIGO

Proseguid, que estoy atento.

DON ANTONIO

No... ¡jamás!
Pues al tormento.

(DON ANTONIO en el momento en que FORTÚN le entra violentamente al cuarto de la izquierda, donde se supone el tormento, dice:)

Escena IV

DON RODRIGO.

DON RODRIGO

Cuando en el crimen fundado
el hombre el poder alcanza,
debe temblar la venganza

si llega a ser desgraciado.
Si en la virtud lo asegura,
cuando caiga el poder
¡todos le han de socorrer
y llorar su desventura!
Misterio grande hay aquí...
a penetrarlo no acierto,
que por tenerlo encubierto
obstinado a Pérez vi.
¡El Rey que así lo castiga...!
Su silencio... ¡vive Dios...!
Lazo de sangre a los dos
creo que a este crimen liga.
¡Sólo es una conjetura...!
Y no quisiera ofenderlo...
tal vez no tarde en saberlo
si hablar le hace tortura...

(Sale FORTÚN del cuarto donde se supone el tormento.)

Escena V

FORTÚN. DON RODRIGO.

DON RODRIGO
¿Pronunció ya acaso el nombre
del alevoso homicida...?

FORTÚN
No vi jamás en mi vida
mayor constancia en el hombre.
Fijo en el potro crüel
su serenidad mostró;
el verdugo dislocó
sus miembros con el cordel:
en la mayor agonía
fue de nuevo preguntado,
y con acento apagado
yo nada sé respondía.
Ni prorrumpió era un gemido
en tan sensible penar:
¡creímos que iba a espirar!

DON RODRIGO

Pues haberlo suspendido...

FORTÚN

El verdugo vueltas daba
al instrumento cruel,
y yo de pie cerca de él
a que hablase le excitaba
más en vano... que un ¡ay! suelta
y convulsos se agitaron
Mis ojos y se cerraron...
¡Era la séptima vuelta...!

DON RODRIGO

Me inspira gran compasión;
procurad, Fortún, cuidarle
Aun habrá que sujetarle
otra vez a la cuestión.

(FORTÚN acompañando a DON RODRIGO, que sale por la puerta principal.)

FORTÚN

¡Veréis cómo será vana
con él toda diligencia!
Es mucha su resistencia...

DON RODRIGO

¡Ya lo veremos mañana! (Vanse.)

Escena VI

ÁLVAREZ entra. Se sitúa a la puerta del cuarto donde llevaron a DON ANTONIO al tormento. Mira hacia dentro con aire compasivo.

ÁLVAREZ

¡Infeliz...! allí yace tendido en el suelo, casi exánime, al pie del tormento, que no ha sido bastante eficaz para arrancarle su secreto... ¡Ah...! ¡con esta prueba sólo el débil es culpable y criminal...! ¡el fuerte siempre sale inocente...! Si cuando Pérez era el amigo de Felipe II, y junto a su trono el dispensador de sus mercedes a esa turba de cortesanos, que ya hasta han olvidado su nombre, se hubiera atrevido algún agorero hace dos años a predecirle su desventura, se hubiera reído altamente de él, y hubiera motejado la credulidad de los que hubieran dado asenso a sus palabras... Nada más fácil... La elevación al poder vaticina la caída... la fortuna es el pronóstico de la desgracia... la calma es anuncio seguro siempre de la tempestad. Hasta el misterioso embozado, tan puntual en sus visitas, la retarda hoy... hoy que el desgraciado necesita más que nunca de

sus consuelos... ¿se le habrá olvidado también? ¡Es tan triste ser el amigo de un hombre que jamás ha de recobrar la libertad! ¡Es casi como la hermosura de una joven sacrificada a la memoria de un amante que ha muerto...! ¡El infeliz echará de menos mucho estas visitas... son las únicas que ha recibido...! Lo que es yo casi me alegro de verme libre de ellas... Tiene el hombre una actitud tan imponente... unos modales tan imperiosos... el rostro jamás lo vi... pero algunas veces me hace temblar... no parece sino que todos los hombres han nacido para servirle...

(El EMBOZADO, que ha ido aproximándose a él sin sentirlo, le toca ligeramente en el hombro con la mano.)

Escena VII

ÁLVAREZ y el EMBOZADO.

EMBOZADO

¡Y así es!

ÁLVAREZ

(Asustado.) ¡Vive Dios...! si hubiera hablado mal de vuestra persona... seguramente...

EMBOZADO

¡Que no lo hubieras hecho por segunda vez!

ÁLVAREZ

Vuestro amigo... o lo que sea.... deberá de alegrarse hoy mucho con vuestra presencia. ¡Ha sufrido tanto en el tormento...!

EMBOZADO

Lo sé.

ÁLVAREZ

¡Lo sabíais ya...!! ¡pero el hombre es firme... tiene mucho tesón... aragonés...! yo en su lugar hubiera mil veces dicho...

EMBOZADO

¿Qué...? ¿qué hubieras dicho?

ÁLVAREZ

Lo que dicen las gentes, que la muerte de Escobedo fue mandada ejecutar por...

EMBOZADO

¡Silencio! ¡miserable...! ¿Sabes que ese sólo pensamiento es bastante para hacer derribar la cabeza de tus hombros antes que tus labios puedan tener lugar para expresarlo?

ÁLVAREZ

¡Vaya...! ¡no porque seáis algún grande y poderoso señor de la corte creáis que podéis intimidar a un infeliz carcelero...! Felipe II es el padre de sus vasallos, y no hace rodar las cabezas sino de los herejes y de los asesinos...

EMBOZADO

Tú lo eres.

ÁLVAREZ

(Muy inmutado.) ¡Yo hereje!!

EMBOZADO

¡No... asesino...! hace veinte y cuatro años... el día de julio de ...1569

ÁLVAREZ

(Temblando.) La víspera de la muerte del Príncipe don Carlos...

EMBOZADO

Justamente. Su confesor... un canónigo, llamado Ciprián de Valera, fue muerto a puñaladas cuando se hallaba orando en la ermita del Santo Isidro, patrono de Madrid... Su cuerpo fue sigilosamente sepultado en la rivera derecha del Manzanares... al pie de un crecido álamo... el asesino...

ÁLVAREZ

(Confuso.) ¡Debe de ser este hombre alguna potestad del infierno, según el irresistible dominio que ejerce en mi alma leyendo en ella lo que casi yo mismo había olvidado...! Por piedad... quien quiera que seáis, compadecedme... yo os obedezco, ¿qué queréis...?

EMBOZADO

Nada... hacerte conocer que el crimen más ignorado es fácil que pueda aparecer sobre la tierra, así como el lago más hondo arroja al cabo de algún tiempo el cadáver que lanzó el crimen a su profundo seno. ¡Llama a Pérez...!

(Vase ÁLVAREZ manifestando su temor. El EMBOZADO permanece un momento aguardando, y en el instante que sale ÁLVAREZ sosteniendo a DON ANTONIO, que estará quebrantado por el sufrimiento del tormento, el EMBOZADO le hace una señal imperiosa para que se retire. Así lo hace. DON ANTONIO toma asiento. Tan pronto como ÁLVAREZ ha cerrado la puerta del fondo por donde se retira, el REY se descubre.)

Escena VIII

EL REY. DON ANTONIO.

DON ANTONIO

Dispensaréis hoy, señor,
el que os reciba sentado...

REY

¡Pérez, estás demudado...!

DON ANTONIO

Estoy muerto de dolor...
mas señor, tampoco es justo
ya que yo sentado esté,
el que vos estéis de pie...

REY

Me hallo bien; éste es mi gusto.
Cree que satisfecho estoy
de tu honrada lealtad.

DON ANTONIO

No más vuestra majestad
probarla quiera cual hoy.

REY

Tu prisión va a terminar.

DON ANTONIO

¡Tal vez antes moriré...!

REY

Mis palabras cumplir sé.

DON ANTONIO

¡Todo se vuelve esperar...!
que en esta torre dos años
ha que vivo sepultado,
y por vos sacrificado
a políticos engaños.

REY

Pérez, no estuvo en mi mano
el evitar tu prisión
habiendo una acusación,
y estando vivo mi hermano.
Que yo en justicia debía
el hacer cumplir la ley,

y cual político Rey
a don Juan, de Austria temía.
De Escobedo la mujer
tu cabeza demandaba,
y su querella apoyaba
mi hermano con su poder.
De la viuda infortunada
poco importaba el clamor...
mas calmar debía el rencor
de la amistad ultrajada
de don Juan, que es un guerrero,
y de Escobedo la muerte
vengar intentaba fuerte
sublevando un reino entero.
Me es forzoso aparentar
que yo al matador persigo,
y te libro, si consigo
el proceso dilatar.

DON ANTONIO

¡Entonces, señor, aún grandes
y largas serán mis penas,
si han de durar mis cadenas
como la guerra de Flandes!

REY

Hoy mismo terminarán...
Por seis semanas se viste
mi corte de luto triste.

DON ANTONIO

¿Por quién, señor?

REY

Por don Juan.

DON ANTONIO

¿Qué decís...? ¡sería cierto!
el vencedor de Lepanto,
de Europa el terror, y espanto
del luteranismo...

REY

¡Ha muerto!

DON ANTONIO

No tan cara yo quisiera
mi libertad, vive Dios;
mucho habéis perdido vos...

REY

Le arrancó en su primavera
la inflexible parca impía;
el tósigo fue mortal, (Aparte.)
tornando en luto fatal
de un banquete la alegría.

DON ANTONIO

Crea vuestra majestad
que esa nueva me anonada.

REY

¡Polvo somos...! ¡sombra...! ¡nada...!
¡humo el poder...! ¡vanidad!

DON ANTONIO

¿Vuestra piedad soberana
para que mi afrenta borre
hará hoy salga de esta torre?

REY

Aquí no estarás mañana.

DON ANTONIO

Vuestros pies por tal favor
os beso reconocido;
sabéis cuál os he servido
callé, como hombre de honor.

REY

Fuiste secretario fiel
que mi secreto guardaste;
¿acaso tal vez rasgaste
aquel funesto papel
en que mandaba dar muerte
a Escobedo por traidor...?

DON ANTONIO

Siempre lo llevo, señor,
cual escudo de mi suerte,
puesto sobre el corazón.

REY

¿Querrás acaso intentar...

DON ANTONIO

¿Podéis aún, señor, dudar
de mi lealtad y afección,
mirándome en este estado?
Para morir tiene aliento
el que el dolor del tormento
en silencio ha soportado.
Mas si asesino encubierto
traspasa mi pecho fiel,
entonces ese papel
me venga después de muerto.
Que si os juré por mi honor
el mancillar mi memoria
para salvar vuestra gloria,
el puñal del matador
alevoso y violento,
al arrancarme la vida,
me dispensa con la herida
de cumplir mi juramento.

REY

Está bien: tenerlo debes.

DON ANTONIO

Si ocurriese algún desmán...

REY

Sobre ti, cual talismán,
bueno es que siempre lo lleves...
vuelva a tu pecho la calma;
por hoy, no hablaremos más...
pronto aliviado quizás...

DON ANTONIO

Al cuerpo da vida el alma,
y hoy nuevo aliento y vigor
vuestras palabras le dan;
hasta olvidados están
el desconsuelo y dolor
que me ocasionó el tormento.

REY

Debes ahora descansar:

yo te quiero acompasar
hasta tal mismo aposento.
Pérez, aquí está mi mano;
ya que no sirva a aliviarte...
podrás en ella apoyarte.

DON ANTONIO

¡Señor...!!! ¡vos, mi soberano...!

REY

A tu celo y experiencia
la española monarquía
hace tiempo que confía
con acierto mi prudencia.
En esta torre encerrado
ha dos años que he venido
a verte, y he dirigido
con tu consejo el estado.
¡Es mucha tu discreción...!
¡En nada, Pérez, te alabo,
hasta de Clemente Octavo
aquí hicimos la elección!
Y si hoy ciñe la tiara,
y es de la iglesia pastor,
a los dos nos es deudor
de una dignidad tan cara.
El sacro colegio tanto
en la elección discordaba,
cuando nos iluminaba
aquí el Espíritu Santo.
Anuncié a mi embajador
lo que Dios nos inspiró,
a Clemente se eligió
de San Pedro sucesor...
Ya ves si con prendas tantas
debe Felipe Segundo...

DON ANTONIO

Cual vos no hay Rey en el mundo:
dejad que yo a vuestras plantas...

(Intenta con mucho trabajo hincarse de rodillas. El REY lo impide, le levanta y le da el brazo, en el que se apoya.)

REY

Alza... tú por mí gobiernas

el reino, y estoy contento.
¡Firme... así...! el abatimiento
vacilar hace tus piernas.
(Empieza a andar apoyado en el REY hacia su cuarto.)

DON ANTONIO
Me estremezco aún de dolor.

REY
Pérez, ¡cuánto lo he sentido!

DON ANTONIO
Cuando vos fuereis servido
¿iré a palacio, señor?

(El REY, ya junto a la puerta del aposento de DON ANTONIO, y con mucha intención.)

REY
Te veré en el Escorial,
donde en el sepulcro hermana
la muerte la regia grana
con el grosero sayal.

DON ANTONIO
¿Cuándo partís?

REY
A las diez.

DON ANTONIO
¿Señor, esta misma noche?

REY
Esperándome está el coche.

DON ANTONIO
¿Y os veré pronto?

REY
¡Tal vez!
(Al entrar con sequedad.)

Escena IX

El REY sale muy pausadamente del aposento de DON ANTONIO. FORTÚN entra por la puerta del fondo cuando le llama.

REY
¡Fortún!

FORTÚN
Ya está el religioso;
vendrá el verdugo también.

REY
Pues que su oficio penoso
a cumplir pronto estén.
No has de tener compasión.

FORTÚN
Señor, mi pecho es de bronce.

REY
Cumplida la ejecución
ha de quedar a las once.
Cuando ya hubiese espirado
el jubón le rasgarás...
sobre el pecho muy guardado
un papel le encontrarás...

FORTÚN
¡Señor! de ignorancia lleno,
ni sé escribir, ni leer.

REY
No importa... activo veneno
sé que debe contener.
¡Ay de ti si lo desdoblas,
que es infalible tu muerte...!
(Dándole un bolsillo.)
Aquí tienes dos mil doblas...
yo cuidaré de tu suerte...
esta noche al Escorial
me has de llevar diligente
ese tósigo mortal
que mata hasta con su ambiente;
sólo el fuego lo devora.

FORTÚN
¡Lo quemaré aquí!

REY

Despacio.

La yegua más corredora

tomarás en mi palacio.

¡Las tres en el monasterio
te han de dar...!

FORTÚN

Son siete leguas.

REY

O allí vas, o al cementerio.

FORTÚN

¡Haré reventar las yeguas!

llegaré; y este recado

a un paje le entregaré,

que ya estaréis acostado.

REY

Despierto te esperaré.

(Dirigiéndose a la puerta del fondo para salir de
la torre.)

Me olvidaba... una mujer
con Pérez intenta hablar...

FORTÚN

Cumplir sabré mi deber.

REY

Te dejarás sobornar...

dando a la desconocida

en la torre libre entrada.

FORTÚN

Después la daré salida.

REY

De salir... no he dicho nada.

FORTÚN

¡La sangrienta ejecución

entonces va a presenciar!

REY

¡Terrible es mi situación! (Con enfado.)
¡que nada has de adivinar!

FORTÚN
No os entiendo, vive Dios,
lo que me queréis decir

REY
Te digo ¡que aquí los dos (Al marcharse.)
esta noche han de morir!! (Vanse.)

Escena X

Después de un momento de pausa sale FORTÚN por la puerta del fondo con DOÑA ANA, que traerá un velo echado a la cara. ÁLVAREZ detrás.

FORTÚN
Aventuro mi cabeza
si el Rey lo llega a saber.

DOÑA ANA
Nada debes de temer.
A titubear ya empieza. (Aparte.)

FORTÚN
No arrostraré yo, señora,
por todo el oro del mundo
del Rey Felipe Segundo
la cólera aterradora.

DOÑA ANA
Plata y oro te daré
de muy exquisita ley
también de la ira del Rey
a cubierto te pondré.

FORTÚN
Quien quiera que vos seáis,
tanto os obstináis en ello,
que aunque se arriesgue mi cuello;
haré lo que deseáis.
Álvarez, al preso llama.

(DOÑA ANA da un bolsillo a FORTÚN, que hace como que lo rehúsa, pero que luego lo toma.)

¿Qué hacéis?

DOÑA ANA
Mi agradecimiento

FORTÚN
¡Señora...!!! En este aposento (A ÁLVAREZ.)
tiene que hablarle esta dama. (Vase.)

(DOÑA ANA da otro bolsillo a ÁLVAREZ.)

DOÑA ANA
Toma tú.

ÁLVAREZ
Más que en un año
hoy gano... ¡embrollo de corte!
con tal que mal no reporte,
en el tomar no hay engaño.
(Entra en el cuarto de DON ANTONIO.)

Escena XI

DOÑA ANA.

DOÑA ANA
Logré al fin, merced al oro,
en la torre penetrar,
y la presencia gozar
del mortal a quien adoro.
Dos años son que trabajo
en lograrlo inútilmente,
y a esta miserable gente
mi altivez y orgullo bajo.
No hay orgulloso mayor
que un villano envanecido,
y su placer siempre han sido
humillar a su señor.
Esta vez mi confidente
seguro... no me engañó.
Mi venida ocultar yo

sabré a Felipe prudente.

(Sale DON ANTONIO, y ÁLVAREZ se entra en el cuarto del tormento con las llaves.)

Escena XII

DOÑA ANA. DON ANTONIO. Después ÁLVAREZ.

DON ANTONIO

Noche de fortuna es hoy,
que ver logro esa beldad,
¡y el Rey me da libertad...!

DOÑA ANA

Os oigo, y dudando estoy.

DON ANTONIO

¡Dudáis, hermosa doña Ana!
Cuando por Dios irritado
en un diluvio inundado
fue el mundo y la raza humana,
solo la paloma hermosa,
cuando el cuervo se ausentó,
de Noé al arca tornó,
nuncio de paz venturosa.
¡Condición de la hermosura,
que donde ha sentado el pie
ya no es posible que esté
más tiempo la desventura!

DOÑA ANA

De que aquí estéis encerrado
el mundo la causa ignora.

DON ANTONIO

¡Por asesino! señora, (Sonriendo.)
razón ha sido de estado.

DOÑA ANA

¡Plegue al cielo fuera así!

DON ANTONIO

Doña Ana, ésta es la verdad.
Hoy mismo a su majestad

así decirlo le oí.

DOÑA ANA

¡Infeliz! yo sola he sido
con mi funesta hermosura
causa de esta desventura;
mi amor ciego os ha perdido.
Aquella noche infernal
en que Escobedo murió,
antes al Rey reveló
nuestra pasión criminal.

DON ANTONIO

¡Maldición...! Su tiranía
a triunfar va, vive Dios,
que perder supo a los dos
con sólo un golpe en un día.

(Sale el alcaide ÁLVAREZ, cierra el cuarto del tormento, y mirando con intención a los dos, dice:)

ÁLVAREZ

¡Mal aire esta noche corre...!
Bien podéis de priesa hablar,
que a las once han de cortar
una cabeza en la torre.

DOÑA ANA

¿Hay presas muchas personas?

ÁLVAREZ

No señora... sólo hay una. (Vase.)

DON ANTONIO

¡No hay esperanza ninguna...!

DOÑA ANA

¡Dios mío, así le abandonas...

DON ANTONIO

¡Con qué compasiva voz
el Rey de mí se dolía...
De su funesta ironía
comprendo el sentido atroz...
con desabrida altivez
dijo su acento fatal:

«Te veré en el Escorial,
y será pronto... tal vez.»

DOÑA ANA
¡Valor!

DON ANTONIO
Me sobra, doña Ana.

DOÑA ANA
De ti no me arrancarán.

DON ANTONIO
¡Mi cabeza cortarán...!

DOÑA ANA
Por eso en esta mañana
el Rey estaba agitado,
sus ojos vivos lucían,
sus labios se contraían,
en aquel nervioso estado
del que en un crimen cavila,
a grandes pasos andando
por el salón murmurando
Dies ire, dies illa.

DON ANTONIO
¡Su costumbre favorita...!
¡Cuando proyecta más males,
los salmos penitenciales
canta su lengua maldita!

DOÑA ANA
¡Morir Pérez... y a esta edad!

DON ANTONIO
¡Para morir así ahora
viniste a verme, señora!

DOÑA ANA
¡Qué suplicio!

DON ANTONIO
¡Oh crueldad!
(DOÑA ANA, como ocurriéndosele de repente una nueva idea, dice presurosa.)

DOÑA ANA

Mi memoria ahora recorre
lo que escuché a mi marido,
que en su juventud ha sido
gobernador de esta torre.
Preso Francisco Primero,
labrar hizo Carlos Quinto
puerta oculta a este recinto
para ver su prisionero:
invisible aquí venía,
oculto salía y entraba,
y en el silencio espiaba
de su rival la agonía.
Solo en el secreto entró
Carlos Quinto, mi marido,
y el que la obra ha dirigido,
que a poco tiempo murió.
Del secreto el mecanismo
escuché sin interés...

DON ANTONIO

¿Os acordareis cuál es...?
Decidlo pronto... ahora mismo.

DOÑA ANA

Un resorte imperceptible,
apretado, hace girar
sobre su eje un sillar
y la puerta abre invisible:
un pedestal de columna
es, si bien me acuerdo yo...

(Marcha agitada a todos los pedestales de las columnas que tiene la sala; pasa la mano para recorrer con el tacto tres o cuatro de ellos velocísimamente; últimamente se fija en una de ellas.)

DON ANTONIO

No lo encontraremos... no.

DOÑA ANA

Nada... nada... en ninguna...
Al fin ¡oh Dios...! lo he encontrado...

(Entonces DON ANTONIO se dirige a donde está DOÑA ANA, y juntos hacen esfuerzos para poder abrir. DON ANTONIO se verá que no puede hacer fuerza por el estado de abatimiento en que se halla.)

DOÑA ANA

Dad fortaleza a mi mano.

DON ANTONIO

¡Todo nuestro esfuerzo es vano!

DOÑA ANA

El resorte, ha desgastado
el tiempo.

DON ANTONIO

Negra fortuna.

¡En el potro retorcidos
mis nervios desfallecidos
no tienen fuerza ninguna!
La muerte cercana está.

DOÑA ANA

¡Inevitable rigor...!

(Empiezan a dar las once, las que continuarán dando durante el diálogo siguiente, que debe ser sumamente vivo y animado.)

¡El reloj del Salvador
las once está dando ya!

(DON ANTONIO, separándose de la columna con el acento más desesperado.)

DON ANTONIO

¡No más... ya no hay salvación!

(DOÑA ANA, que continúa haciendo fuerza en el pedestal de la columna para abrirlo.)

DOÑA ANA

¡El sillar se ha conmovido!

DON ANTONIO

Ilusión tan solo ha sido.

(En este momento el pedestal cede a los esfuerzos de DOÑA ANA, y deja ver una estrecha puerta practicada en su interior.)

DOÑA ANA

¿Y adónde huir?

DON ANTONIO

A Aragón,
que allí nací, y libre soy.

(DOÑA ANA quiere que entre DON ANTONIO delante, mas éste la entra con violencia para salvarla. Inmediatamente después la puerta se cierra de golpe sobre ellos.)

DOÑA ANA
¡Marchad!

DON ANTONIO
¡Delante, señora...!!

Escena XIII

Debe de ser rapidísima en su ejecución.

Concluyen de dar las once. A la última campanada se abre de repente la puerta grande del fondo: aparecen en ella el VERDUGO con una cuchilla, dos MOZOS con un tajo, y varios con hachas: un RELIGIOSO de San Francisco, que dice con voz espantosa:

RELIGIOSO
¡Pérez... tu última hora...!

(FORTÚN, tan luego como al abrir la puerta ha visto que no están allí DON ANTONIO y DOÑA ANA, se precipita en el cuarto de DON ANTONIO. Sale velozmente, se coloca en medio de la escena, cubre su rostro con ambas manos, y exclama con la mayor desesperación.)

FORTÚN
¡Huyeron...! ¡perdido estoy!

(Momento de terror en todos los circunstantes.)

ACTO III

Habitación del REY en el Escorial. Es de noche: la estancia está oscuramente alumbrada. Puerta grande en el fondo, que da a un claustro.

Escena I

EL REY. EL PRIOR.

PRIOR

Sois el hijo más querido
de toda la cristiandad:
la herética pravedad
a extinguir sois elegido.

REY

¡La herejía he de acabar!
Ya a conseguirlo comienzo.

PRIOR

De España al mártir Lorenzo
quisisteis, señor, labrar
una iglesia tan brillante...
De Jerusalén al templo
superior, según contemplo,
que es de las artes gigante.
Y su cúpula oriental
y ocho torres elevadas
entre nubes azuladas
alza al cielo colosal,
y anuncia a la edad futura
de san Quintín la victoria,
del pueblo español la gloria,
de Herrera la arquitectura.
Vuestro valor aumentando
los laureles que en Pavía
cogió Carlos Quinto un día
a los Galos humillando,
tremolar hace prudente
los castillos y leones
en las remotas regiones
del Asia y del Occidente;
que Dios tanta religión
justo así os quiere premiar,
¡y un poderoso auxiliar
os da con la inquisición...!

REY

Me hacéis acordar, prior,
el auto grande de fe:
yo no sé aún si asistiré...
¡si fuese grato al Señor!

PRIOR

Cierto: vuestra majestad,
si lo honra con su presencia,
autoriza la sentencia
que confunde la impiedad.
¡Con magnífico aparato
se ha de hacer esta función!

REY

Yo quiero en la procesión,
que es el viernes inmediato,
mostrar mi grande interés
en vengar de Dios la cruz...
Alumbrado iré con luz.

PRIOR

El salmo setenta y tres
manda muera el infelice
que contra la fe pecó.

REY

¿El Señor eso mandó?

PRIOR

El Profeta Rey lo dice:
Exurge, Domine, in ira,
et judica causam tuam.
Me levantaré en mi ira,
y juzgaré con rigor
la causa del pecador
que contra mi ley conspira.

REY

¡Aterrador es el tema!

PRIOR

Por eso la inquisición
ha grabado en su pendón
ese religioso lema.

REY

De la inquisición sois vos:
¿sabéis cuántos morirán?

PRIOR

Relajados solo están

al fuego unos veinte y dos.

REY

Dios nos dará fortaleza
para ver tanto dolor.

PRIOR

¡La venganza del Señor
verá el pueblo y la nobleza!

REY

Mis reinos con la herejía
(Alzando los ojos al cielo.)
¡nunca, oh mi Dios, contamines!

PRIOR

¿Vendréis, señor, a maitines?

REY

De ir al coro me holgaría,
pero a los monjes decid
se dignen por mí rezar,
que yo aquí debo esperar
unos pliegos de Madrid.

PRIOR

Ése es nuestro ministerio...
el orar de noche y día
por la majestad que pía
dotó aqúeste monasterio.

REY

Prior, me habéis de avisar
al cantar el Miserere...

PRIOR

Cuando ya a rezarse fuere
yo mismo os vendré a llamar. (Vase.)
(Quiere besar la mano al REY, éste lo impide,
y se la besa al PRIOR.)

Escena II

El REY.

REY

¡Es un varón ejemplar
mi bendito confesor...!
Causándome está temor
Fortún con tanto tardar:
sin duda algo ha sucedido,
que ya las tres han sonado,
y redobla mi cuidado
el que aún no haya venido.

(Se oye a lo lejos el toque de la campana maitines, el que llegará casi imperceptiblemente, y durará un rato.)

¡Palacio es...! ¡y monasterio!
¡Allí orando el cenobita...!
¡Yo la venganza maldita
guardo aquí con misterio...!
que a España dicten leyes,
al venir a esta morada
recordarán que son... nada,
al contemplar que los Reyes,
antes que ellos soberanos,
yacen en la vil mortaja
en la hediondez más baja
siendo pasto de gusanos.
Cual al mar con veloz paso
van los ríos caudalosos,
así vuelan presurosos
nuestros días al ocaso:
tal es del hombre la suerte,
que en su cadena eslabona
el cayado y la corona
pálida e igual la muerte.
Ya se hallará en la presencia
justiciera del Señor
Antonio Pérez... ¡qué horror...!
Fortún tarda... ¡qué impaciencia!

Escena III

EL REY. FORTÚN.

Durante toda esta escena se oye a lo lejos sonido del órgano.

REY (Saliendo a su encuentro.)
¡Fortún!

FORTÚN (Con la mayor timidez.)
¡Señor!

REY
Dame el papel.

FORTÚN
Señor

REY
¿Y Antonio Pérez? ¿y la princesa? ¿qué ha sido de ellos?

FORTÚN
¡Se han fugado!

REY
¡Miserable!

FORTÚN
Un momento antes de la ejecución han desaparecido [59] de la torre: aquí tiene V. M. mi cabeza... no he faltado a la fidelidad. Sólo un milagro debe haberlos podido salvar de la cuchilla del verdugo... estoy asombrado... todas las puertas estaban cerradas... nadie... nadie los ha visto marchar.

REY (Aparte.)
Comprendo este misterio: cometí una imprudencia... La princesa debía conocer alguna salida oculta, impenetrable a la vista... su marido fue gobernador de aquella torre en el reinado de mi padre.

FORTÚN (Aparte.)
No lo toma tan a mal como yo había creído. Al llegar al monasterio no calculaba por cuatro horas la duración de mi vida... ¡Qué pensativo está!

(El REY abismado en sus reflexiones. FORTÚN se retira respetuosamente a un lado. El REY habla andando por la escena.)

REY
¡Se han fugado...! Sin duda va a dirigirse al reino de Aragón. He aquí justificada la segunda parte de las acusaciones de Escobedo en el día de su muerte... y no será por desgracia menos cierta que la primera. Mantiene íntimas relaciones con las principales familias de aquel país... fomenta el amor a los antiguos fueros y libertades, y apoya a los que intentan arrancar de Zaragoza la institución del santo oficio... Sí, hartó he debido

conocer sus ideas en el transcurso de tanto tiempo... Funesta me va a ser su fuga a Aragón... No, me será sumamente favorable. Él es aragonés. Sin duda va a reclamar el fuero patrio que impide la prisión de los naturales del país... tiene amigos... le defenderán... los aragoneses son celosos de sus libertades... He aquí la ocasión porque tanto suspiraba mi alma. ¡Me incomodan tanto estos fueros! ¡Es tan humillante para un Rey el tener que contar con sus vasallos para ejercer el poder...! Una revolución autorizó a mi padre Carlos Quinto para privar a Castilla de sus libertades. Una revolución privará también a Aragón de las Fortún, ¿estás bien seguro de la fuga de Pérez?

FORTÚN

Sí señor: ¡ojalá no fuese cierta!

REY

No importa: Dios lo ha determinado así, no debemos oponernos a su voluntad.

FORTÚN (Aparte.)

¡Qué santa conformidad!

REY

¿Y adónde presumes tú que puede haberse dirigido ese miserable?

FORTÚN

Indudablemente habrá tomado el camino de Zaragoza. Si queréis que marche en su seguimiento, tal vez antes de que llegue...

REY

Déjale marchar, Fortún... ¿Tú no eres Aragonés?

FORTÚN

De Tamarite de Litera, para servir a Dios y a V. M., y criado en Zaragoza.

REY

¿Es muy grande mi poder?

FORTÚN

Señor, sólo el del Papa es mayor sobre la tierra.

REY

Escucha. Debía castigarte con la muerte por tu poca vigilancia en la torre. Pudiste no haberlos perdido de vista desde el momento que di mis últimas órdenes... Te perdono sin embargo. Sólo pongo una condición a mi clemencia.

FORTÚN

Señor, mi vida es vuestra... Juro por Dios y su Madre bendita obedeceros.

REY

Temeroso de mi cólera por la fuga de Antonio Pérez, marcharás inmediatamente a Aragón: mis tropas empezarán a perseguirle desde esta misma noche... ¡ay de ti si te llegan a prender! Allí se habrá refugiado Pérez, tal vez en Zaragoza mismo. El virrey le perseguirá de muerte...

FORTÚN

Los fueros del país le ampararán.

REY

Justamente ése es mi designio... Tú serás su principal amigo, su defensor más celoso, secundarás los planes de sus parciales si para reclamar los fueros, que acaso podría violar el virrey, apelasen a la fuerza...

FORTÚN

Podría estallar una revolución.

REY

¡Ah, Fortún, la deseo! ¡Una revolución en Aragón...! He ahí el objeto de mi política hace algunos años. Mis recursos son inmensos... mi ejército está pronto. Aragón es el único reino de España [61] donde aún existen eso que llaman patrias libertades... donde repugnan la permanencia de la inquisición... donde desde la batalla de Villalar un silencio amenazador da muestras del mal reprimido enojo... una chispa bastará a encender el volcán que aún permanece oculto. ¡Puedo inflamarlo seguro de cerrar su cráter a mi voluntad!

FORTÚN

Tal vez el furor popular sacrificará algunas víctimas...

REY

¡Víctimas...! ¡escasos...! nada debe detenerte. Mi recompensa será igual a tu celo. No lo olvides, Fortún. Los crímenes de la revolución justifican su aniquilamiento, y hacen tolerable el poder absoluto de los Reyes...

FORTÚN

Os comprendo, Señor... ¡Yo me haré digno de tan alta misión! (Vase.)

Escena IV

El REY.

REY

Con su Justicia mayor,
con sus fueros y su ley,
en Aragón es el Rey
al pueblo muy inferior.

Mengua fuera de mi honor,
ya que me ofrece ocasión
del vil Pérez la evasión,
estos fueros tolerar:
¡yo se los sabré arrancar...!
¡y afirmar la inquisición!
No hay un tormento mayor
para un Rey que gobierna,
que la lucha siempre eterna
de un pueblo legislador:
tedio me causa y horror
ver la nación libre hicieron,
y fueros la concedieron,
débiles antiguos Reyes,
sometiéndose a las leyes
de los que los eligieron.
En el trono colocado (Irritado.)
fui por derecho divino
y tan excelso destino
al nacer yo he heredado.
No es el pueblo quien me ha dado
cetro y corona de oro:
yo sostendré su decoro,
¡y ay de aquel que se atreviere...!

(PRIOR, en la puerta del fondo.)

Señor, ya es el Miserere.

REY

Prior, marchemos al coro. (Con humildad.)
(Vanse.)

ACTO IV

Diciembre de . 1692

Palacio del virrey en Zaragoza.

Escena I

EL REY. VARGAS. EL PRIOR.

REY

Merced, don Alfonso Vargas,
a vuestro mérito hoy hago
de luna encomienda en Santiago.

VARGAS

¡Señor!!

REY

Noticias muy largas
me dio el marqués de Lombay:
¡me servisteis con ardor
¡sois muy modesto...!

VARGAS

Señor,
nada en que alabarme hay.
A vuestros sabios consejos
debe la paz Aragón,
y que la revolución
de su término esté lejos.
Apenas Pérez llegó,
huyendo vuestra justicia,
fue preso, mas la noticia
todo el reino conmovió.
Que siendo él aragonés,
y su prisión contra fuero,
el pueblo, nobleza y clero,
por él mostrando interés,
logró que se sublevara
en defensa de la ley,
matando el pueblo al virrey,
que era el marqués de Almenara
Castilla, que de paz goza,
para vengar vuestra ofensa
presentó una hueste inmensa
que marchase a Zaragoza.
Yo con la tropa guerrera
llegué hasta Calatayud,
y de orden vuestra en virtud
suspendí allí mi carrera,
que Aragón su libertad
trataba de defender,
y era mucho de temer
entrar con hostilidad.

Que entrar impiden los fueros
en terreno de Aragón
a ejercer jurisdicción
con soldados extranjeros.
Mas su valor y constancia
supisteis diestro burlar,
haciéndoles anunciar
que marchábamos a Francia,
para proteger la liga
contra el Rey Enrique Cuarto,
¡que a los católicos harto
su herético error hostiga!
y al quererlos engañar
procedisteis como humano,
la sangre evitando en vano
de españoles derramar.
Pasó el marqués de Lombay
a concertar nuestra entrada...
y la miramos lograda.

REY

¡Lealtad en el pueblo hay!

VARGAS

Lanuza y Diego de Heredia,
Pérez y don Juan de Luna,
con resistencia importuna
prolongaron la tragedia;
porque en Zaragoza unidos
fuertes hacerse quisieron,
mas al cabo de ella huyeron
con los más comprometidos.
De sus tercios la mitad,
temiendo azares de guerra,
se tornaron a su tierra
al Rey clamando piedad.
El resto indisciplinado
ocupó algunos castillos,
contra sus mismos caudillos
casi siempre sublevado.
De Aranda y de Villahermosa
los duques, que los siguieron,
a Épila huyendo vinieron
de una muerte desastrosa.
Por mejor servir a vos
parte en su causa tomaban...

REY

En correspondencia estaban
de allí conmigo los dos.

VARGAS

¡Hasta el Justicia mayor,
que el rebelde grito alzó,
de ellos a Épila se huyó,
pues lo llamaban traidor!
En el reino publicado
fue por solemne pregón
un absoluto perdón
en vuestro nombre otorgado,
mandando que se volviesen
tranquilos a sus hogares
paisanos y militares,
y que no los persiguiesen.
La paz que Aragón hoy goza
tornó este bando, señor;
hasta el Justicia mayor
por él volvió a Zaragoza.
¡De discordia acabó el fuego,
que se buyeron los traidores,
temiendo vuestros rigores,
y el reino vive en sosiego!
Cual siembra el rayo ligero
con su luz el firmamento,
ruge el trueno violento
asombrando al mundo entero;
y la llama abrasadora
que por los aires se vierte,
los gérmenes de la muerte
disipa en él bienhechora.
Así la luz de amnistía
calmó el rebelado bando,
en bello día tornando
sediciosa noche impía.

REY

¡De los libres la arrogancia,
ved, Vargas, en lo que para;
en dar la muerte a Almenara,
rendirse, o fugarse a Francia!

PRIOR

Aragón alzó su frente
de su fuero haciendo alarde,
y el pie besa ahora cobarde
de su Rey humildemente.

REY

Ya nada que mirar hay,
responden de su reposo
la artillería en el Coso
y las tropas de Lombay.
Yo haré que los fugitivos
no hallen asilo en la tierra;
otras veces moví guerra
por mis ligeros motivos.

PRIOR

¡La prepotente balanza
con que se equilibra el mundo
tiene hoy Felipe Segundo!

REY

¡No escaparán mi venganza!
(Después de un breve momento de
meditación.)
Quedan por siempre anulados
de Aragón leyes y fuero;
a polvo reducir quiero
de Lanuza y los fugados,
las casas y los castillos;
y con afrenta Aragón
verá un infame padrón
do habitaron sus caudillos.
Al pueblo quiero asombrar
con un escarmiento fuerte,
que de Lanuza la muerte
hoy mismo ha de presenciar.

VARGAS

Lo debéis pensar, señor;
Lanuza es muy estimado...

REY

Cumpliréis con lo mandado.

VARGAS

¡Es el Justicia mayor!

REY

La comunería traidora
Antonio Acuña siguió:
Carlos Quinto lo ahorcó;
¡y era obispo de Zamora!
¡Y desde entonces acá,
de aquella iglesia el prelado
por gran infamia privado
de voto en cabildo está!

VARGAS

Permitid mis ruegos doble...
Lanúza es en Aragón
el más ilustre infanzón;
no hay otra sangre más noble.

REY

Ya que tan grande nobleza
concederle al cielo plugo,
apenas haya el verdugo
dividido su cabeza
con el afilado hierro,
mando yo que la ciudad
vaya con solemnidad
del gran Justicia al entierro.
Y su cuerpo a sepultar
llevarán seis caballeros,
y de cera cien mecheros
al féretro han de alumbrar.
¡Que si yo el crimen castigo
del Justicia de Aragón,
honrar quiero al infanzón!
¡soy de la nobleza amigo!

VARGAS

¡Y si con razón clamase
que se cumpla la amnistía,
y de una atroz felonía
a los dos nos acusase...!

REY

¡Vargas! ¡sabéis batallar, (Con entereza.)
sujetasteis a Aragón,
ésa es vuestra obligación...!
dejadme a mí gobernar.

VARGAS

Si os he ofendido, Señor,
que me perdonéis espero
que hable como caballero
que comprometió su honor,
que al cabo yo en vuestro nombre
el perdón les otorgué.

REY

De resolución mudé.

PRIOR

Variar es propio del hombre,
y no lo expresa mi labio,
que el mismo Espíritu Santo
dice en un divino canto,
de consejo muda el sabio.

VARGAS

¡También por vuestra fortuna
un Mosén Pedro Quintana
con ingratitud villana
entregó a don Juan de Luna
en su casa refugiado!
y preso se halla en Teruel.

REY

Haréis lo mismo con él
que con Lanuza he mandado.

VARGAS

Uno de los más crueles
cabecilla sanguinario,
Fortún, que como emisario
recorría los cuarteles
de esta rebelde ciudad,
preso está, y con grande instancia
diz que asuntos de importancia
quiere hablaros, majestad.

PRIOR

Querrá implorar su perdón.

REY

Es conveniente me vea;

quizá a revelarme sea
toda la conjuración...
¡Al punto le quiero hablar!
¡Lástima que se fugase
el vil Pérez, y lograrse
a la de Éboli salvar!

VARGAS

Arrestada con decoro
de Éboli está la princesa,
que al fugarse ha sido presa
cerca del campo del Toro.

REY

¡Conque doña Ana Mendoza
cayó al fin en mi poder!
la quiero ahora mismo ver.
¡Mi alma en su dolor se goza! (Aparte.)

VARGAS

Voy por ella. (Yéndose.)

REY

Escuchad;
quiero que Lanuza
muera antes que hoy de su carrera
el sol marque la mitad.

VARGAS

¡Apenas falta una hora
para ese fatal momento!
¡Justicia desde su asiento
al pueblo administra ahora!

REY

Arrancadle de su silla
al instante con firmeza,
y entregaréis su cabeza
del verdugo a la cuchilla.

PRIOR

¡De los mártires la palma
sus parciales le darán!

REY

¡Lo verán y callarán...!

Vos cuidaréis de su alma; (Al PRIOR.)
y que anuncie con horror
del cañón el estampido
pronto al pueblo sometido
que no hay Justicia mayor!
y para que vea Aragón
que nada al Rey embaraza,
lo haréis matar en la plaza,
y anunciándolo un pregón.

(Vanse VARGAS y el PRIOR.)

Escena II

El REY.

REY

Del gran Justicia la muerte
ha de ser la precursora
de que por siempre los fueros
mi justo poder revoca.
De Aragón esclavizado,
que en paz sepulcral reposa,
llevarán los tristes ayes
al mar del Ebro las ondas.
Que al fin lograrse escapar
de la universal derrota
Antonio Pérez, y en Francia
oculto, más libre, mora.
¡Vive Dios que no ha de hallar
ni en la región más remota
quien de mi poder le libre,
y a mi justicia le esconda!
¡Poseedor de mis secretos,
que con él mueran importa!
antes que pueda venderlos
por las cortes poderosas
de los Reyes mis rivales
su política traidora.
Yo haré que proscrito vague
errante la Europa toda,
que escucharán mis mandatos,
que terrible fuerza apoyan...
o iré yo a hacerlos cumplir

con mis huestes victoriosas.
No es bastante a mi venganza
que en soledad espantosa
vague mendigando asilo
si su corazón no llora.
Los hijos que de él nacieron
y su desgraciada esposa,
desde hoy irán a gemir
una prisión tenebrosa;
que aun cuando su corazón
doña Ana todo enamora,
el ver sufrir a sus hijos
rinde a un corazón de roca;
y la afrenta en la mujer
la faz del hombre baldona,
y aunque no reine el amor,
por propia su injuria toma.
¡Tal vez llegaré a saber
por doña Ana de Mendoza
los proyectos del traidor...
si amante el perdón implora...!
¡Sabré, tener fortaleza,
que quien lleva una corona
a toda debilidad
debe tener su alma sorda...

Escena III

EL REY. DOÑA ANA.

DOÑA ANA se para en el umbral de la puerta.

REY

¡Siento tenerla que hablar: (Aparte.)
hela allí, y tan hermosa,
como en el abril la rosa
cuando empieza a despuntar!

DOÑA ANA

Dios mío, da fortaleza, (Aparte al entrar.)
y a mi corazón aliento,
que la mujer instrumento
siempre fue de tu grandeza.
¡De Satán el impío yugo

una mujer quebrantó,
Judit a Israel libertó
del Asirio su verdugo!
(El REY, que ha contemplado un momento a
DOÑA ANA, se adelanta hacia ella.)

REY

Al fin, altiva doña Ana,
ser mía es vuestro destino;
me huisteis amante fino,
y preferisteis ufana
los amores de un traidor:
hoy, pues lo quiso la suerte,
de mí escucharéis la muerte,
en vez de mi antiguo amor.

DOÑA ANA

¡Vuestro poder como Rey
someter pudo a Aragón!
mas en este corazón
jamás dictareis la ley.

REY

No fíes de tu hermosura
si a ella rendido me vi;
ya más cüerdo he vuelto en mí
y te aborrezco, perjura.
Y si te he querido ver
no ha sido de amor flaqueza,
que una cosa con certeza
de tu labio he de saber.
Y si cumples mi demanda
la vida te salvaré,
que en ello empeño mi fe
por la cruz de aquesta banda.

DOÑA ANA

De los Reyes las palabras,
protestas y juramento,
fáciles las lleva el viento.

REY

No más ya tus labios abras,
que si hoy mi majestad
abatí así en tu presencia,
ni fue amor, ni fue clemencia,

es sólo curiosidad:
Antonio Pérez...

DOÑA ANA
¡Ya libre
vive en la orilla del Sena!

REY
Mi justicia le condena;
y ni el Támesis ni el Tíbre,
ni cuantos ríos caudalosos
sus aguas llevan al mar,
de ella le podrán librar.

DOÑA ANA
¡Si los Cielos poderosos
le libertan cual confío,
leves serán mis cadenas!

REY
¡Hablando de él le enajenas...!
Seguro en mi poderío
nada debo recelar
de Antonio Pérez infiel,
a quien entregué un papel...

DOÑA ANA
¿Y lo queréis recobrar?

REY
¡Es de tan corto interés!
que reclamarlo no importa.

DOÑA ANA
No es de importancia tan corta,
(Con firmeza.)
que fiel documento es
que eclipsará la memoria
de vos, Felipe Segundo.
Cuando un Rey muere en el mundo,
pasa a vivir en la historia...

REY
¿El traidor os confió
ese secreto de estado...?

DOÑA ANA

Alas de su amor he logrado;
ese papel me entregó.

REY

Doña Ana, un grande favor
haced hoy al Rey de España;
se disipa ya mi saña,
y os vuelvo todo mi amor.
Que al hacerme este servicio,
la revuelta de Aragón,
que de Pérez la evasión
causó, huyendo del suplicio,
os la perdono, señora;
pero dadme en el momento
el único documento
que mi reinado desdora.
Sin pruebas no hay porque importe
que Pérez difunda en vano,
llamándome Rey tirano,
calumnias de corte en corte,
que cual vasallo enemigo
nadie le podrá creer,
si yo tengo en mi poder
contra mí el solo testigo.
Si los secretos de estado
el vil descubrir intenta,
creeranle aun cuando mienta
si uno solo ha probado.
Pronto el papel... ¡oh Dios mío!
¡mi memoria y mi decoro
salvasteis...! ¡cuánto os adoro!

DOÑA ANA

(Sacando el puñal, y levantando su mano.)
¡Tómalo, hipócrita impío!

(Al tiempo mismo que DOÑA ANA levanta la mano para herir al REY suena un cañonazo, y una voz pregona dentro.)

VOZ

¡Degollado es por traidor
el Justicia de Aragón!

(Al oírlo DOÑA ANA aterrada, deja caer el puñal en el suelo; el REY se retira de ella.)

DOÑA ANA
Desmayó mi corazón.

REY
¡Guardias...! ¡guardias...!

(Entran precipitadamente VARGAS, SOLDADOS, y poco después el PRIOR.)

Escena IV

VARGAS
¡Qué! ¡señor!
en el suelo hay un puñal... (Lo recoge.)
y esta mujer aterrada...

DOÑA ANA
Yo sola soy la culpada,
pues erré el golpe fatal.

REY
Esa mujer criminal (Aún asustado.)
asesinarme intentó:
el cielo me libertó.

PRIOR
¿Cuál pudo ser su interés?

VARGAS
El puñal de Pérez es.
(Mirando el mango del cuchillo.)

REY
Eso todo lo aclaró.
¡Aún fugitivo el traidor
quiere arrancarme la vida,
convirtiéndome en regicida
a esa mujer con su amor!
Pérfido, mal servidor...

DOÑA ANA
Sólo yo os he ofendido,
pues a mi patria he querido
libertar hoy de un tirano;
mas temblar hizo mi mano

del cañón el estampido.
Él anunciaba la muerte
del que quiso en Aragón
de los libres el pendón
tremolar caudillo fuerte.

REY

La misma será tu suerte.

PRIOR

Mostrad clemencia propició.
(Al oído al REY.)
¡Os vengará el santo oficio!

DOÑA ANA

¡Pérez consiguió salvar
el papel que ya temblar
te hace...! ¡ése es tu suplicio!

REY

Al que te aborrece ama,
dice el precepto divino:
en el nombre de Dios Trino
perdón concedo a esta dama.

PRIOR

¡La inquisición la reclama:
motivo es de religión!

REY

¡Estupenda fundación (Aparte.)
con sus misteriosas leyes,
para despóticos reyes
es la santa inquisición!

PRIOR

ya que tan clemente vos
no la queréis castigar,
toca a nosotros vengar
la injuria que hiciera a Dios.
¡Que la muerte siga en pos
los que altar y trono ultrajen,
y su vil altivez bajen!
¡pues contra vos conspiró,
contra Dios mismo atentó,
de él son los Reyes imagen!

REY

¡Por mí queda perdonada!

DOÑA ANA

¡Vuestra clemencia real
en hoguera funeral
sin sorpresa veo trocada;
al negro oficio entregada,
allí me asesinarán:
mi juicio alumbrarán
por luz fuegos del infierno,
con jueces que del averno
envía el mismo Satán!
¡Volved, muertos, a la vida,
que en agua, fuego y veneno,
os arrancara del seno
Felipe, Rey parricida:
de vuestra tumba aterida
la lívida frente alzado,
y al vil tirano execrad,
y a su vista cada instante
vuestro comido semblante
de gusanos presentad!

PRIOR

Sin duda la tiraniza
el espíritu infernal:
por Dios Trino e inmortal
hoy mi lengua te exorciza.

REY

¡Tanta blasfemia horroriza!
¡qué herético frenesí!
Llevala pronto de aquí,
que llena mi alma de duelo
oír maldecir al cielo...

(DOÑA ANA, a quien ya llevan los soldados, y el PRIOR se vuelve al salir.)

DOÑA ANA

Al cielo no... ¡sólo a ti...! (Vanse.)

Escena V

VARGAS. EL REY.

REY

De una asechanza traidora
de Dios me libró la mano!
¿Y Lanuza...?

VARGAS

¡Cual cristiano
murió aún no hace una hora!
En silencio el pueblo llora.
Lanuza quedó asombrado
al mirarse arrebatado
desde la diputación
de este reino de Aragón
hasta el cadalso enlutado:
en vano nos preguntaba
por qué con tanta presteza
sin juzgarle su cabeza
al verdugo se entregaba.
El Prior le amonestaba
tuviese conformidad,
y del cielo a la piedad
el alma recomendó...
¡Lanuza firme espiró...
y con él la libertad...!

REY

Hoy quiero a Madrid tornar:
para mí es de maldición
esta tierra de Aragón.
A la Virgen del Pilar
de oro y plata regalar
setenta lámparas quiero,
pues me libró del acero
de una aleve regicida.
Disponed vos mi partida. (A VARGAS.)
Con Fortún solo hablar quiero.

(Vase VARGAS.)

Escena VI

EL REY. FORTÚN.

FORTÚN

Imploro vuestra piedad.
(Se arroja a los pies del REY.)

REY

Alza... satisfecho yo
te vuelvo tu libertad.

FORTÚN

Aragón se sublevó
cual queríais, majestad.

REY

Ya sometido lo ves...
De otro designio mayor,
para mí de alto interés,
has de ser ejecutor.

FORTÚN

Ordenad, señor... ¿cuál es?

REY

Aquel funesto papel
de que te hablé en la prisión
salvó al fin Pérez, infiel.

FORTÚN

Señor, con su corazón
lo tendréis.

REY

Cierto; sin él
poco importa que atrevida
dé a Pérez la mano muerte.
¡De nadie quiero la vida!

FORTÚN

Si me protege la suerte,
vuestra voluntad cumplida
ha de quedar ¡vive Dios!
Al fin del mundo he de ir
incansable, de él en pos,
hasta dejar de vivir,
lo juro, uno de los dos.

REY

¿A Pérez aborrecer
tanto te hace una orden mía?

FORTÚN

Majestad, no ha menester
de nada su alevosía
para mi sangre encender:
le aborrezco, os lo confieso,
desde que con su cuchilla
cometiera el torpe exceso
de dar la muerte en Castilla
a Escobedo a su regreso
de Flandes. Aunque de escudo
le sirva un sagrado altar,
veneno o puñal agudo
a vos y a mí ha de vengar.

REY

Te conozco, y no lo dudo.

FORTÚN

Audacia y perseverancia
harán mi empresa triunfar.
¡Yo humillaré su arrogancia!

VARGAS

(Desde el fondo de la puerta.)
Señor, ya podéis marchar.

REY

Vamos a Madrid.

FORTÚN

¡Yo a Francia!
Guárdeos el cielo a vos.

REY

(Cogiendo a FORTÚN con tono místico.)
Fortún, nada de venganza:
Pérez ofendió a los dos...
Si mi justicia le alcanza,
tu agravio remite a Dios. (Vanse.)

ACTO V

Campo en las cercanías de Roma: a la derecha se ven unas ruinas.

Escena I

DON ANTONIO pobrementemente vestido y lleno de cansancio, y agobiado por los padecimientos.

DON ANTONIO

Joven era todavía
cuando la espada empuñé;
la libertad proclamé
en la infeliz patria mía;
mas venció la tiranía...
Sobre esta arrugada frente,
que errando de gente en gente
salvar pude del verdugo,
atroz proscricción le plugo
fulminar eternamente.
Me juró implacable guerra
el tirano... y lo ha cumplido.
Proscrito, errante he vivido,
y no hallo asilo en la tierra;
me hizo salir de Inglaterra,
de la Francia me expulsó.
¿Y adónde marcharé yo
en aflicción tan extrema?
La Iglesia con su anatema
de su seno me arrojó.
En balde al romano bravo
demandé hospitalidad,
que de Roma sin piedad
me arroja Clemente Octavo:
de Felipe humilde esclavo,
más que Pontífice fiel,
contra mí el rayo cruel
lanza desde el Vaticano,
y olvida debe a mi mano
llaves, tiara y dosel.
Inquieta el alma respira,
y temblando a cada instante,
la máscara mi semblante

oculta de la mentira:
todo a aterrarla conspira,
de todo mortal recela,
las noches pasando en vela,
y en los oídos percibe
siempre el temido quién vive
de enemigo centinela.
Cinco años he soportado
la cólera de un gran Rey
¡estoy fuera de la ley!
Contra mí entera se ha armado
la sociedad, y ha rasgado
el pacto que a ella me unía:
¡no encontraré en mi agonía
un asilo en mis hogares,
ni refugio en los altares,
ni llanto en la muerte mía!
Es la suerte más fatal
la del infeliz proscrito,
que inocente, sin delito,
persigue el poder social:
en lucha tan desigual
sin esperanza combato;
de leyes el aparato
que al hombre ha de proteger,
sólo a poderme perder
dirige hoy su conato.
La ley mi existencia mina
delatado ya de ampararme.
Si alguno quiere matarme,
la ley cumple, no asesina.
Que mi muerte determina
la sociedad vengadora,
aunque una mano traidora
alevosa llegue a darla.
¡Cuán triste me es disputarla
a la ley hora, por hora!
Con marchas, pena, fatiga
y tormento roedor,
si de Felipe el favor
merecí, Dios me castiga;
mas su Providencia amiga
en mi salvación aún vela:
genio y fuerzas me revela
con que huya la esclavitud.
¡Para aprender la virtud,

la desgracia es grande escuela!
No tan solo a impía muerte
condenó el tirano a mí,
mas también lo que escribí
condenó con mano fuerte:
el mundo a silencio inerte
la inquisitorial hoguera
logró al fin que redujera.
¡Escrito con sangre, y fuego
(Sacando un libro del pecho.)
este libro yo te lego,
generación venidera!

(Va a dirigirse a las ruinas para depositar allí el libro, y ve un cartel fijo en una de las paredes.)

Pero, justo Dios, ¡qué veo!
¡ni aún aquí me hallo seguro!
¡en este ruinoso muro
mi proscripción también leo!
De muerte declaran reo
quien me llegue asilo a dar;
al pueblo van a aterrar...
¡El Papa sordo a mi ruego
basta del agua y del fuego
crüel me quiere privar!
Refugio fue esta ruina
un tiempo al libre romano,
ni ante el Rey ni el Vaticano
su gigante mole inclina:
asilo sea mi doctrina
contraria a la tiranía...
De la libertad el día
tú revelarás al mundo
del Rey Felipe Segundo
fanatismo, hipocresía.

(Coloca entre unas piedras de las ruinas su libro.)

Su despotismo sañudo
mandó fuese derrocada
de los libres la morada,
ni aun su vista sufrir pudo,
ni el sexo ni edad escudo
fue a su cruel tiranía:
en prisión la esposa mía

vio terminar su existencia;
¡de mis hijos la inocencia
guarda una cárcel impía!
¿Y hay Dios? ¿y en su omnipotencia
no fulmina vengador
el rayo exterminador
que confunda la insolencia
del monstruo que en su presencia
a la España ha esclavizado?
¡De humana sangre manchado
aun su nombre osa invocar
hipócrita ante tan altar
sobre tumbas levantado!

Escena II

LAHERA llega corriendo a donde está DON ANTONIO, como sumido en sus reflexiones.

LAHERA
Huyendo el bosque traspaso
lleno de miedo y terror,
que un eco he escuchado al paso,
y es de muerte precursor,
pues pronuncian vuestro nombre,
y del Papa eran soldados.

DON ANTONIO
Nada, Lahera, te asombre;
de la desgracia agobiados
quizá nos prendan aquí.

LAHERA
Sin duda os han descubierto.

DON ANTONIO
Término tendrán así
mis penas después de muerto.
De tanto inconstante amigo
que me adulaba en mi suerte,
tú solo, errante conmigo,
corres proscrito a la muerte;
que tan duros desengaños,
triste en mi desgracia vi.

LAHERA

Por tantos reinos extraños
vuestro amigo y guía fui;
jamás vuestra compañía,
Pérez, abandonaré:
con vos a la tumba fría
alegre descenderé.
Huyamos...

DON ANTONIO

¿Dónde, Lahera,
dónde un asilo buscar,
si con nosotros cualquiera
verá su muerte llegar?
No tiemblo el morir yo, no,
sino que el vado enemigo
envuelva al que me amparó
en la proscripción conmigo.

LAHERA

A la fiel Juana de Alhaja
asilo bajo su techo
pediré...

DON ANTONIO

Su escaso pan
otra vez partir ha hecho
con nosotros, y faltó
a sus hijos alimento.
¡No, nunca sufriré yo
otra vez este tormento!

LAHERA

Maldición sobre el que mueve
al hombre tan cruda guerra,
que ni el asilo más leve
puede encontrar en la tierra.

DON ANTONIO

¡Ven, sueño eterno y profundo,
muerte, un proscrito te implora!

LAHERA

¡Ah! Rey Felipe Segundo...

(Se oye una música alegre y animada en el campo inmediato, la que deberá de continuar toda esta escena.)

DON ANTONIO

¡Silencio...! ¡silencio ahora!
Celestial dulce armonía
oigo en el viento sonar,
que alegre viene a turbar
nuestra mortal agonía.

LAHERA

Allí el himeneo guía
al altar al tierno esposo
a enlazar en nudo hermoso
sus amores y su vida:
a darnos va aquí acogida.
el sepulcro tenebroso.

DON ANTONIO

Lahera, aquella mujer,
de las hermosas que cría
el clima del mediodía,
nació para su placer;
el cáliz le va a ofrecer
de una noche virginal,
mientras en hora fatal
moriremos sin un lloro.

LAHERA

¡Para él tan grande tesoro!
¡a nosotros tanto mal!

(Continúa oyéndose más próxima la música.)

DON ANTONIO

Himnos al amor entona
allí una juventud viva,
era medio de orgía festiva
toda al placer se abandona:
allí con nupcial corona
de hermosas cándidas flores,
la virgen respira amores
que gozar sólo es su suerte,
mientras de fúnebre muerte
reinan aquí los vapores.

LAHERA

Más inmediata y sonora
se escucha la gritería
del placer y la alegría.

DON ANTONIO

Hacia aquí vienen ahora,

LAHERA

¡Huyamos!

DON ANTONIO

Del solitario
que oculto en la selva umbría
sin vernos, fiel nos envía
el sustento necesario
ha un mes, me quiero amparar;
que en mi deplorable suerte
tal vez su piedad acierte
mi espíritu a consolar.

LAHERA

Bien: por distinto camino
busquemos la salvación

(Abrázanse afectuosamente.)

¿Y el punto de reunión?

DON ANTONIO

La cruz del monte Aventino. (Vanse.)

Escena III

El teatro representa una ermita en un monte; delante de la ermita una cruz de piedra. Un MONJE con larga barba blanca se pasea pausadamente con un libro: a un lado un hombre rústico trabaja en una especie de zanja. El religioso como concluyendo de rezar se santigua, deja su libro, y mira al TRABAJADOR, que está en la actitud de esperar el momento oportuno para dirigirle una pregunta.

MONJE

Zaneti, ¿ya te has cansado?

TRABAJADOR

Cierto: para reventar
¿no es un sepulcro cavar...?
Mas, padre, me ha contristado
labrar vuestra sepultura:
un año aquí habéis vivido,
de todos sois tan querido,
y yo...

MONJE

¿Y si por ventura
no es la huesa para mí?
¿No podrías por la muerte
sorprendido ahora verte,
Zaneti, tú mismo aquí?

TRABAJADOR

¡Libradme, Virgen María!

MONJE

No temas, esto es hablar.

TRABAJADOR

Una cosa preguntar,
padre mío, yo os quería.

MONJE

¿Cuál es, hijo mío, di?
que yo te responderé.

TRABAJADOR

Quizá os incomodaré...
mas hace tiempo que vi
que apenas del sol la luz
baja a extinguirse en su ocaso,
vos, padre, muy paso a paso
colocáis junto a esa cruz
un cesto con alimento:
en vano quise apurar
quién lo vendría a buscar.
Espíe en el bosque atento,
pero nunca he visto nada;
y cuando me he aproximado,
ya con asombro he notado
la cesta desocupada.

MONJE

A un infeliz socorrer
ese alimento destino.
¡Es un precepto divino!

TRABAJADOR
¿Es hombre acaso, o mujer?

MONJE
Es un mísero proscrito...

TRABAJADOR
¡Jesús, María y José!

MONJE
Ni le vi, ni quién es sé.

TRABAJADOR
¡Un bandido...! este distrito
tienen continua guerra.
¿y aún hoy le socorreréis...?

MONJE
Basta... (Con impaciencia.)

TRABAJADOR
No os incomodéis...

MONJE
Esa sepultura cierra.

TRABAJADOR
Del todo acabada está.
(Coloca una piedra que cubre la fosa.)

MONJE
Hasta mañana.

TRABAJADOR
A las diez. (Vase.)

MONJE
Sí... ¡Un cadáver tal vez (Aparte.)
tendrá ese sepulcro ya!
(Mirando al interior.)
Hacia aquí... no me engañé,
viene Pérez... él ignora

su suerte. ¡Ah! ¡esta hora
cuánto tiempo la aguardé!

Escena IV

DON ANTONIO. EI MONJE.

DON ANTONIO
Aunque ésta es la vez primera,
padre mío, que os he visto,
ministro de Jesucristo,
pongo en vos mi vida entera.

MONJE
Ya ha tiempo que os socorriera.

DON ANTONIO
¿Conoceisme?

MONJE
En este mundo
yo toda mi dicha fundo
en el débil amparar,
sin su nombre preguntar.

DON ANTONIO
Fatigado, vagabundo
expirara sin aliento
sin vuestra alma compasiva,
que al pie de esa cruz reciba
hace el preciso sustento.

MONJE
Vuestro rostro macilento
muestra lo que padecéis.

DON ANTONIO
Padre, ¿en la ermita podréis
prestarne esta noche asilo?

MONJE
¡Un pan y un lecho tranquilo,
hijo mío, aquí tendréis!

(El MONJE saca de la ermita una botella y dos vasos, echa vino en ellos, y presenta uno a DON ANTONIO.)

DON ANTONIO

Mil gracias.

MONJE

Recuperad
las fuerzas desfallecidas.

DON ANTONIO

¡Del Señor sean bendecidas
vuestra paz, vuestra piedad! (Bebe.)

MONJE

Conmigo el vaso tocad...
¡A que pronto quiera el cielo
vuestro acerbo desconsuelo
más propicio terminar!!

DON ANTONIO

A que Dios quiera premiar
tanta caridad y celo.

(Bebe DON ANTONIO; el MONJE arroja por encima del hombro el vino.)

Padre, ocultad lo que os diga.

MONJE

Yo la desgracia respeto,
y a inviolable secreto
el sacerdocio me liga.

DON ANTONIO

Calladlo, pues os obliga,
que aun así alguna vez pudo
al despotismo sañudo
la confesión revelar
el ministro del altar.

MONJE

Sordo seré, ciego y mudo.
Elegió de Dios el Hijo
doce apóstoles, y halló
un Judas que lo vendió,
¡y a los demás no maldijo!

De tu Dios en la cruz fijo
la misericordia brilla,
y una Virgen sin mancha
asegura tu perdón...

DON ANTONIO

Sabed pues en confesión
que Pérez soy...

MONJE

(Con respeto y admiración.)

¡Maravilla
de la fortuna, y desgracia!
el hombre a quien en el mundo
el Rey Felipe Segundo
proscribe con pertinacia.

DON ANTONIO

Sólo a mi valor y audacia
debo el hallarme con vida.
Mas ¡ay Dios! ¡cuán combatida
para evitar sus puñales
en cavernas de animales
que buscar tuve acogida!

MONJE

Cuando yo vi en la ciudad
dominar la tiranía
y la inquisición impía,
huí a la soledad:
aquí gozo libertad,
y ni adulación ni ira
mi paja choza inspira
al ambicioso mortal.
Este grosero sayal
pobreza sólo respira.
Aquí de nadie envidiado,
oculto mi vida paso,
y con mi alimento escaso
aún socorro al desgraciado:
del mundo entero aislado
aquí escribo la verdad,
y al pueblo y la majestad
juzgo con recta balanza,
y odio eterno o alabanza
dará la posteridad.

DON ANTONIO
Dios en mí su ira ha agotado.

MONJE
Hijo, confianza en él.

DON ANTONIO
¡Es en vano, que cruel
el Papa me ha excomulgado!

MONJE
Sólo al Pontífice es dado
al pecador consolar;
de ti él no basta a apartar
la sangre que en la cruz fijo
de Dios derramara el Hijo
por nuestras culpas borrar.

DON ANTONIO
He podido hasta hoy fuerte
combatir, mas ya cansado,
cada momento entregado
ser temo, padre, a la muerte.
Hoy mismo mi cruel suerte,
vivamente perseguido,
ha hecho que haya venido
a descubriros mi alma,
y merced a vos, la calma
en mi pecho ha revivido.
¡Una muerte cometer
me hicieron en mi privanza...!!

MONJE
La piedad de Dios alcanza
cualquier crimen a absolver.

DON ANTONIO
¡Un escrito sustraer
nunca pudo de mi mano
ni aleve puñal villano,
ni corruptor venal oro:
él es todo mi tesoro!
nada me dejó el tirano...
este depósito os fía
mi desgracia; sedme fiel.

(Dándole el papel orden de matar a DON JUAN.)

MONJE

Yo guardaré este papel (Con intención.)
hasta mi última agonía.

DON ANTONIO

No olvidéis nunca este día.

MONJE

De él me acordaré, y de vos,
de setiembre el veinte y dos
de mil quinientos noventa
y ocho...

(Suena una trompeta: DON ANTONIO se llena de consternación.)

MONJE

Venir intenta
la tropa hacia aquí...

DON ANTONIO

¡Gran Dios!
¿dónde refugiarme? ¿dónde?
En la ermita voy a entrar.

MONJE

La ermita harán registrar,
por ver si alguno se esconde.

DON ANTONIO

¿En el bosque?

MONJE

No responde
mi celo que de una altura,
ya cercana la espesura,
no os lleguen a descubrir.

DON ANTONIO

(Con la mayor desesperación.)
¿Qué hacer, pues? ¿adónde huir?

MONJE

¿Dónde...? en esa sepultura.

Nadie recelar podrá
que bajo esa losa fría
huyendo la tiranía,
oculto un viviente está.

DON ANTONIO

¿Qué es de mi valor audaz? (Dudoso.)
mi vida siempre en disfraz
jamás la fié en la tumba.

(El MONJE levanta la losa que cubre la sepultura, DON ANTONIO entra receloso: al estar medio dentro suenan de nuevo y más inmediato las trompetas, y se oyen el ruido de armas y gente que se aproxima.)

MONJE

Ya el eco de armas retumba.

DON ANTONIO

¡Ya llegan!!! (Entrando del todo.)

MONJE

(Dejando caer la losa, se sienta sobre el sepulcro con feroz alegría.)
¡Descansa en paz!!

Escena V

Sale un LEGADO del Papa acompañado de muchos SOLDADOS y CABALLEROS romanos. El MONJE se levanta, e inclina respetuosamente ante ellos.

LEGADO

¿En esta oculta morada
Pérez se llegó a esconder?

MONJE

Yo, señor, no he visto nada.

LEGADO

Responded; no hay que temer;
su sentencia está anulada.
Hoy su existencia indagar
nos manda Clemente Octavo;
su mérito quiere honrar...

MONJE

¡De volver en mí no acabo!

LEGADO

En. Roma le manda entrar
el Papa, que ha levantado
de la excomuni3n la saña:
tenerle quiere a su lado
antes de volver a Espa1a.

(En este momento se oyen golpes dentro del sepulcro. DON ANTONIO, que forcejea por salir, levanta un poco la losa, pero el peso rinde sus fuerzas, y al caer la piedra, exclama:)

DON ANTONIO

¡Ay de mí! (Dentro.)

LEGADO

El sepulcro ha hablado.

(Acuden varios: ayudan a levantar la losa sepulcral; sale DON ANTONIO, a quien reconocen algunos, y llenos de admiraci3n dicen:)

¡Pérez!!!

DON ANTONIO

¿Felipe Segundo?
(Lánguidamente.)

LEGADO

Su piedad le llevó al cielo
desde este mísero mundo,
y la cristiandad su duelo
llora con pesar profundo.
Mas su virtud ejemplar
quiso con todo rigor
antes de morir probar
la justicia del Señor,
y su alma acrisolar.
En larga y lenta agonía
el dolor cruel inhumano
su débil alma oprimía,
y numeroso gusano
su cuerpo aún vivo comía.
Cercana su última hora
de Dios la ira tembló,
y clemencia expiadora
por primera vez brilló

en su mano vengadora.
Las cárceles hizo abrir
para que más no volviesen
sus víctimas a gemir,
sintiendo que no pudiesen
los que hizo matar, vivir.
Cuando pálido expiraba,
su mirar en la cruz fijo,
a Pérez el perdón daba,
con su consejo a su hijo,
que reinase encomendaba.
Si victoriosa brilló
en dos mundos su diadema,
que a Pérez se lo debió
Felipe en su hora suprema
dijo... y tranquilo murió.
La española monarquía
rige hoy Felipe Tercero;
él en vuestra busca envía
a Roma un fiel mensajero,
tornándoos a su valía.

DON ANTONIO

¡Sostenedme...!! la emoción
pienso que me ha de matar:
aquí... sí... en el corazón
me siento el alma abrasar.

LEGADO

Roma con fiel adhesión...

MONJE

¡Silencio...! buscáis un hombre,
salió un cadáver cual veis.
¡Pérez...! no hay por qué os asombre:
miradme... ¿me conocéis...?
¿queréis que os diga mi nombre?

DON ANTONIO

Un anciano venerable,
ministro de Jesucristo,
que me acogió favorable,
y a quien hasta hoy no he visto...
(El MONJE se arranca la larga barba, y
descubre su verdadero rostro.)
Conóceme, miserable,

y escucha de pavor lleno:
¡Fortún soy, deudo cercano
de Escobedo, cuyo seno
rasgó tu alevosa mano,
y a quien hoy venga el veneno!
Sí: la ponzoña mortal
por tus venas discurriendo
tu dicha en un funeral
trocó: ¡qué alegre estoy viendo
tu última hora fatal!

DON ANTONIO

¡Sacrílego...! ¡profanaste
un ministerio divino!

FORTÚN

Cuando a Escobedo mataste,
¿miraste a Dios tú, asesino...?
¿Sus mandatos escuchaste?
¿o creías que algún día
cuando muriese el tirano,
oculta tu alevosía,
podrías vil cortesano
gozar tu antigua valía...?
Felipe Segundo ha muerto.
Al morir te ha perdonado.
Su hijo te llama... es cierto;
¡pero yo en todo he pensado,
hasta tu sepulcro he abierto!!
En la Francia cual soldado,
en Bretaña mercader,
cinco años te he espiado.
Al fin triunfó mi poder
hoy de monje disfrazado.

DON ANTONIO

¡Cielos! compasión de mí...
Suspéndase vuestra saña,
que a morir no llegue aquí...
¡mis ojos vean la España,
y luego se cierren, sí!!

LEGADO

Prended pronto ese malvado,
que espanto y horror me inspira.

DON ANTONIO

Al fin muero envenenado.

FORTÚN

¡Yo, satisfecha mi ira,
pues a mi deudo he vengado!

LEGADO

No hagas del crimen alarde.

FORTÚN

¡Todo el horror, Pérez, sientes
de la muerte ahora, cobarde!!

LEGADO

Socorredle diligentes.

DON ANTONIO

¡Es en vano... es ya muy tarde!

FORTÚN

De su funesta agonía
apuré el cáliz fatal,
logró la cautela mía
arrancarle por su mal
pruebas de su alevosía.

DON ANTONIO

¡Dios...! ¡un proscrito te implora;
líbrale de tus enojos!!

FORTÚN

¡Noche eterna sin aurora
a cerrar va ya sus ojos!
(Da el papel al LEGADO, que se pone a leerlo para sí.)
Oiga en su última hora
en público revelado
lo que con tan grande afán
toda su vida ha ocultado.
¡Ya descubiertos están
tus crímenes!!

DON ANTONIO

¡Desdichado!
Mi inocencia solamente
aquese escrito comprueba.

LEGADO

De la muerte es inocente
de Escobedo. ¡Pérez lleva
pura al sepulcro la frente!

FORTÚN

¡Que del tirano instrumento (Muy pesaroso.)
yo tal crimen cometiera!

DON ANTONIO

De ti... el Rey, para su intento,
con su política artera
se ha servido...

FORTÚN

¡Qué tormento!

(LAHERA, lleno de alegría, llega a donde se halla DON ANTONIO; le abraza sin reparar
al pronto en su estado.)

LAHERA

¡Pérez! ¡Nuestra adversa suerte
esta vez nos perdonó;
tú la superaste fuerte:
Dios nuestra inocencia vio!!

DON ANTONIO

¡Sí... al fulminarme la muerte
la cruz del monte Aventino
fue para unirnos la cita...
ya terminé... peregrino,
en esta tierra maldita...
Mi triste... adverso destino...!!

LAHERA

¡Va a morir!

LEGADO

¡Pesar profundo!

DON ANTONIO

(Con voz aparada, pero con esfuerzo.)
¡Si al Rey Felipe Segundo
el clero llama el prudente...
con sangre conteste el mundo

que fue un verdugo... ¡y que miente!!!

(Muere.)

(Cuadro general de consternación. Cae rápidamente el telón.)

FIN